



EPOCA 3.^a — AÑO IX. — TOMO VII.

NÚMERO 3. — Madrid 25 de Enero de 1884.

NUMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMAR

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. Isern. — Hablar de la mar, por Blas. — Los grabados. — San García, Abad de San Pedro de Arlanza, por D. Fr. Ildefonso Guepin. — Vindicación de San Gregorio VII (continuación). — La Rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación). — Sueño de Isabel, poesía. — Bibliografía, por D. León Medina. — Revista de conocimientos útiles. — A los corresponsales.

GRABADOS. — Después de la caza. — Silla de coro de la catedral de Barcelona. — La Virgen-Madre, estatua de Doré. — Puerta del Angel en Madrid.

REVISTA



Como España es el país de lo imprevisto y de lo sorprendente, cuando todos temían una crisis complicada y laboriosa, ha resultado todo lo contrario; doce horas escasas han bastado para volver la hoja de nuestra farmacopea política, pasando de los re-

vulsivos á los calmantes, ó como si dijéramos, del ácido sulfúrico al aceite de almendras dulces.

La crisis se ha resuelto de un modo legendario — perdónesenos el uso impropio de esta palabra; — se ha resuelto como se resuelve — nueva impropiedad — la lectura de un libro, de izquierda á derecha.

El año de gracia de 1884 va á ser un año esencialmente conservador, y se comprende, porque el siglo toca á su término y es natural que siga la ley

ESCENA DE INVIERNO.



DESPUÉS DE LA CAZA.

constante de las evoluciones políticas; en la juventud avanzado y en los avances de la vejez conservador. El joven no teme gastar y hasta despilfarrar la vida; pero el viejo procura conservarla para escapar á las asechanzas de la muerte.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que entramos con el año nuevo en vida nueva, y que el Gobierno conservador parece ofrecer, por su origen, los caracteres de la justicia de Enero.

**

Con el cambio de autoridades en España ha coincidido, como era natural, el de las autoridades de Madrid. Como no podemos ser indiferentes al régimen y policía de la capital, que nos estruja en su seno, hacemos votos porque el cambio sea favorable á los intereses legítimos del vecindario.

El Sr. Conde de Toreno está obligado á hacer más que el Conde de Xiqueña, y la memoria de este celoso Gobernador sigue siendo grata á los pacíficos y honrados vecinos de la Corte. ¡Hay tantos abusos que corregir! ¡tantos escándalos que evitar! ¡tantos y tan graves males que curar de raíz! que sin un gobernador de carácter, Madrid está en camino de hacer buenas las capitales del Africa.

La carestía, el robo en los pesos y medidas, y la adulteración de las sustancias alimenticias reclaman urgente y enérgico correctivo. Es más que escandaloso, no tiene nombre ni aun en el Código penal lo que está pasando en Madrid con el comercio de géneros comestibles. Un honrado consumidor va á una tienda á comprar una arroba de aceite de oliva, y le dan á 60 reales, es decir á un precio altísimo para el que hoy tienen los aceites en Andalucía y Murcia, donde no pasa de 36, no veinticinco libras de aceite de olivas, sino diez de olivas, cinco de cacahuete, tres de nuez y dos de sésamo, total veinte. ¿A qué precio sale el aceite de olivas? á 150 reales, calculando por las diez libras de la mezcla.

Y lo que decimos del aceite puede repetirse del pan, del azúcar, del vino y no sabemos si hasta del agua que traen á nuestras casas los aguadores.

Y si los alimentos materiales están falsificados, ¿qué diremos de los que sirven de pasto á los sentidos y de instrucción y sustento á las almas? Las autoridades de Madrid tienen que poner coto al desenfreo de los teatros. Sabemos de uno, muy concurrido y en lo mejor de Madrid, donde el escándalo ha llegado al punto de que hombres muy avezados al vicio y al lenguaje obsceno se salieran avergonzados hace pocas noches en que se estrenaba un espectáculo, indigno de una tribu de salvajes.

¿Quién puede creer que es este pueblo admirador de *La Mascota*, de *Boccaccio*, de *La Taberna* y de *El Día y la Noche*, el que hace tres años tributaba solemnes y entusiastas homenajes á Calderón de la Barca, al autor de *La Devoción de la Cruz* y de los *Autos sacramentales*?

Lo repetimos y ojalá que nuestra queja llegue á oídos de las nuevas autoridades; es preciso que en nombre de la moral, de la honra de España, de la educación de un pueblo noble y cristiano se ponga coto á ese desenfreo teatral, que envenena y mancha nuestras costumbres, inoculando en el pueblo el virus de la pestilencia pagana y del salvajismo sin Dios.

Emprendan las nuevas autoridades de Madrid una cruzada contra tantos males como lamentamos, y desde ahora les auguramos una gloria mayor que la que dispensó la antigüedad á los trabajos de Hércules.

**

Era una tarde de Octubre del año 1868. La calle de Alcalá estaba cuajada de gente que se agrupaba delante de los jardines del palacio de Buena Vista, esperando algún suceso ruidoso ó alguna manifestación importante.

Como muchacho, y sin experiencia en esta clase de sucesos, me metí entre la multitud y esperé á pie quieto el desenlace de aquella manifestación. No tardó en aparecer en la ventana del pequeño edificio que fué inspección de milicias y que ha sido reemplazado por otro mejor, el general Prim, el cual dirigió la palabra al pueblo encareciéndole las ventajas de la libertad y los beneficios que iban á venirle con la revolución, que acababa de pasar el puente de Alcolea. Las palabras del general Prim fueron acogidas con estrepitosos aplausos. Uno tras otro fueron saludando al pueblo los miembros del Gobierno provisional, hasta que le tocó el turno á un sujeto de fisonomía triste, pálido cual la muerte, que salió á la ventana como agitado por un sentimiento de temor y de angustia.

El ministro habló, y las palabras, que salían premiosas de sus labios, fueron para anunciar que desde aquel momento quedaba rota la unidad católica de España, y que todos los cultos disfrutarían de la

libertad más omnímoda, conforme á los derechos de la civilización y del progreso modernos.

En honor de la verdad, los aplausos no fueron tan unánimes como los anteriores, aunque fueron más ruidosos y atronadores; el orador paseó la vista por el auditorio, como para sorprender la impresión de sus palabras, y satisfecho de sí mismo se retiró de la ventana pintándose en su rostro una sonrisa satánica.

Yo no quise oír más, y nadando en aquel mar de gente me subí á la tranquila playa del Retiro, impresionado con las palabras del último orador revolucionario.

¿Quién será ese hombre, decía yo, que ha tenido la audacia de querer romper con su lengua la cadena de oro de nuestra unidad católica, forjada por trece siglos de hazañas, de conquistas y de glorias sin ejemplo? Y como en un sueño, veía yo desfilar delante de aquel hombre, con el semblante airado y la mano amenazadora, á todos nuestros reyes católicos, á nuestros héroes de la Reconquista, á nuestros padres tintos en sangre de las águilas napoleónicas, á toda España, hija predilecta de la Iglesia, á la cual debe toda su grandeza y los timbres de su nobilísima historia...

Aquel hombre es el que acaba de morir invocando la misericordia de Dios, las bendiciones de la Iglesia y la unidad de la fe en la sociedad de los fieles difuntos.

El Sr. Romero Ortiz, cuyo nombre ha resonado hace años con intenso dolor en el corazón de los católicos españoles, ha querido morir en los brazos de Cristo. Si en las horas de su larga agonía ha recordado su arenga de la calle de Alcalá, ¿cuánto hubiera dado por borrarla de la memoria de Dios y del libro de su vida?

Quiera el Señor que el remordimiento de sus grandes faltas haya bastado á satisfacer la justicia divina, y que el ejemplo de su muerte enseñe á vivir á todos los de su escuela, que como él habrán de morir. ¿Quién escapa, por liberal que sea, al dominio universal de la muerte?

**

El cisne de las Cortes que van á morir ha sido el Sr. Castelar: su último discurso ha sido una de las obras arquitectónicas y pirotécnicas más complicadas que han salido de sus labios. Pero ¡oh dolor! con haber sido tan estudiada y tan dramáticamente representada, no ha causado ya efecto; el Sr. Castelar se está pasando como los melones de Chinchón, albar cuando están en sazón, acibar cuando se pasan.

El Sr. Castelar comenzó así su discurso del 14 de Enero:

«Debiendo, por encargo de los correligionarios á quienes represento en esta Cámara, decir algunas palabras, procuraré, con empeño, hablar con brevedad.» En efecto, se pasó hablando dos tardes, y su discurso íntegro llena diez y seis columnas de letra microscópica en *El Globo*.

Como todo es dramático en la oratoria del Sr. Castelar, la bomba de su último discurso era el viaje de Don Alfonso á Alemania. Hé aquí cómo cargó el obús para causar efecto. En la primera tarde habló de la política interior, y cuando hubo tratado este punto, dijo:

«Señor Presidente: llega la hora en que ha de suspenderse esta discusión; me hallo fatigado, y como he de hacer una excursión á Alemania, ruego á Su Señoría y á la Cámara que me permitan aplazar hasta mañana tan largo viaje.»

Dicho y hecho, se suspendió la sesión, y al día siguiente el público esperaba con afán la anunciada excursión á Alemania.

Este fué el tema del largo discurso del día 15, con el cual se propuso halagar á Francia, donde el Sr. Castelar cuenta con más admiradores. Es preciso leer el discurso para comprender el arte de tergiversar la historia que posee, como nadie, el famoso tribuno. Para él nuestras alianzas con Francia han sido siempre fecundas, dígame *Trafalgar*, y nuestras alianzas con los países germánicos siempre funestas. ¿Cuándo fué España más grande y poderosa que en los días de la Casa de Austria?

El Sr. Castelar opina lo contrario: dice que el advenimiento de la Casa de Austria «nos enflaqueció con una increíble decadencia, en cuyas tristezas perdimos con la sangre y su calor, el alma y sus ideas.» En cambio, encomiando las ventajas de las alianzas con Francia, dice: «La diferencia entre la forma de nuestro gobierno y la forma del gobierno francés, jamás obstó á que anudaran estrechas relaciones ambos pueblos, cuando las creían oportunas y convenientes. Carlos IV y su ministro Godoy pudieron sustentar una cordial alianza con la República francesa y el Directorio, sin abdicar ninguna de sus facultades absolutas.»

¡Buen ejemplo! Fruto de aquella alianza fué la

derrota de Trafalgar y la guerra de la Independencia con todos sus horrores. ¡El Sr. Castelar erigido en defensor de la política de Godoy! ¡Cualquier cosa! El Sr. Castelar es un actor que lo mismo hace el papel de *Clarín* que el de *Segismundo* en *La Vida es Sueño*, lo mismo canta el aria final de *Lucia* que la *donna e mobile* del *Rigoletto*.

A pesar de su esfuerzo para causar efecto, el último discurso no ha hecho ninguno.

El Sr. Castelar es un ruiseñor viejo que pierde la voz; su elocuencia figura ya al lado de las gracias de Arderius: fuera del teatro se desvanecen y en el teatro cansan por lo repetidas. Haría muy bien, por su propio interés, en retirarse de las tablas.

Retirarse á tiempo es el complemento indispensable de la gloria de un artista.

**

A los jugadores de *lotería* les recomendamos los siguientes datos que publica un periódico:

«La recaudación obtenida este año en el sorteo de Navidad, ha sido de 24.849.050 pesetas, y el importe de los billetes sobrantes de 150 850 pesetas, habiendo correspondido á los mismos, en concepto de premios, 92.750 pesetas, ó sean 58.100 menos que el importe de su valor; de manera, que sumada esta cifra con la de los premios correspondientes á los billetes vendidos, arrojan un total de 6.657.250 pesetas, producto líquido para el Tesoro.»

Es decir, que al Estado le toca siempre el premio gordo. En cambio, á 48.000 jugadores les toca siempre perder.

¡Admirable sentencia del Espíritu Santo, que se ve á cada paso confirmada! *Stultorum infinitus est numerus*.

Aquí pondría fin á esta revista; pero no me hace gracia estampar mi nombre á continuación de la anterior sentencia.

Sin embargo, las líneas anteriores me relevan de una inclusión enojosa. Por hoy nada más.

NULEMA.

CRÓNICA



El emperador Francisco José de Austria ha escrito á la Santidad de León XIII una carta que ha producido profundísima impresión en los círculos liberales y revolucionarios de Roma.

En ella su autor reitera al Papa su inquebrantable adhesión á la Santa Sede, y le declara que en ningún tiempo ni circunstancia, mientras no se resuelva la cuestión romana, devolverá en Roma al rey Humberto de Saboya la visita que éste le hizo en Viena.

También hace constar que comprende perfectamente la diferencia que existe entre un príncipe católico y un príncipe protestante, y que se consienta y tolere en el príncipe Federico Guillermo de Prusia lo que en ningún caso podría consentirse ni tolerarse en el emperador de Austria.

La prensa liberal y revolucionaria de Italia está con este motivo fuera de sí, y fulmina terribles amenazas contra la Santa Sede.

Sin embargo, un diario radical advierte al Quirinal que todas estas amenazas son vanas, toda vez que la Santa Sede ha sabido rodearse de una fuerza y un prestigio considerable, fuerza y prestigio que van constantemente en aumento mientras disminuyen los de sus adversarios.

Hé aquí sus palabras: — «Por no haber sabido el Gobierno sacar partido de las circunstancias, hoy es imposible lo que era posible ayer: hoy no podría Italia, porque Europa se opondría á ello, arrojar del Vaticano al Papa.»

Además de todo esto, conviene consignar aquí que en Inglaterra gana terreno la idea de acreditar definitivamente al Sr. Errington en el Vaticano en calidad de ministro plenipotenciario. Las preocupaciones de los protestantes que se oponían á ello van cediendo á causa de la utilidad inmensa que la medida traería para la Gran Bretaña.

Valga por lo que valiere, conste también que la prensa más autorizada de Europa ha dado la noticia de que Mouktar-Bajá, que se encuentra actualmente en Roma, está encargado por el Sultán de Turquía, su soberano, de negociar una inteligencia con la Santa Sede que permita acreditar un embajador de la Puerta en el Vaticano.

Tantos y tan considerables triunfos ha alcanzado León XIII, que no sorprendería seguramente á nadie que esta importante noticia se confirmara.

**

Mientras de este modo recobra poco á poco la Santa Sede lo que perdió en más tristes días, los autores y cómplices de la ruina del poder temporal

del Papa, se ven reducidos de día en día á más desgraciada situación.

En Italia, el Gobierno del rey Humberto, que ahora se inclina hacia la derecha parlamentaria, con su tolerancia, con su complicidad con las sectas, hace que el número de miembros de las sociedades secretas crezca de día en día, y el socialismo y el comunismo se enseñoreen de gran parte de las masas populares.

Los socialistas de Piacenza han dado últimamente un manifiesto, en el cual se lee: — « No debe cesar un momento el pueblo en sus reivindicaciones: todo lo que tienen los ricos es de los pobres. Por esto la habilidad debe consistir en arrebatárselo, sin exponerse al rigor de las leyes, mientras llega el día de que todos los ladrones queden desposeídos del fruto de sus eternas rapiñas. »

En Francia, los imperialistas se destrozan de un modo tal, que es difícil, si no imposible, encontrar en la historia un caso parecido. El príncipe Jerónimo Bonaparte sólo tiene á su lado á los imperialistas liberales; los conservadores proclaman á su hijo el príncipe Víctor, contra la voluntad de éste, que dice que no quiere servir de bandera contra su padre.

También los republicanos franceses, cómplices como los imperialistas de la usurpación de Roma por la casa de Saboya, se encuentran en una situación gravísima. Pero esto merece seguramente capítulo aparte.

La situación de la República francesa se agrava por momentos. A las dificultades que crea la división y subdivisión de la mayoría de las Cámaras en partidos, fracciones y grupos, hay que añadir otra más considerable.

El estado de incertidumbre en que se vive en Francia ha asustado á los capitalistas, que han empezado por echar la llave á sus cajas y han acabado por paralizar todas ó casi todas sus operaciones.

Los grandes comerciantes é industriales han imitado su ejemplo, unos en grande y otros en pequeña escala.

Además la falta de seguridad y de orden que existe en París, donde todos los domingos se celebran grandes reuniones anarquistas, ha alejado á gran número de viajeros de aquella capital y los ha llevado á Suiza ó á Viena.

De aquí que en París exista un número inmenso de hoteles y de habitaciones de todas clases y condiciones desocupadas, y que el número de obreros que están actualmente sin trabajo en toda la República, se eleve á más de doscientos cincuenta mil.

Según datos oficiales, sólo un 10 por 100 de los obreros que solicitan trabajo en Francia encuentran colocación, y sólo un 12 por 100 de los obreros que trabajan tienen el trabajo necesario para poder vivir regularmente con sus familias.

En Marsella, como aquel puerto ha perdido muchísimo á causa de la creciente importancia de Génova, han bajado los jornales, y esto ocasiona continuas luchas entre los comerciantes y los obreros. Estos quieren ganar hoy lo que ganaban antes, y como no pueden ganarlo, tratan de imponerse por medio de continuas huelgas y de alborotos que no hacen sino agravar su situación.

Quiera el cielo que al fin comprendan los hombres de buena voluntad de Francia la necesidad en que están de posponerlo todo al interés de la Iglesia y de la patria, y se unan á fin de ver de librar á ésta de las garras de la revolución.

No es sólo en Francia donde las cosas andan de mal en peor. Lo mismo exactamente sucede en Egipto.

La rebelión es completa en el Sudán. En aquella región existen cinco ejércitos de más de 30.000 hombres cada uno; 30.000 insurrectos ocupan á Khalifeh en las orillas del Nilo Blanco, y el Nilo Azul está defendido por una fuerza más considerable todavía.

Un tercer ejército está acampado en las inmediaciones de Khartum. Y los otros dos ejércitos se hallan en completa movilidad.

El Madhi, que es hombre que entiende esos asuntos de la guerra, ha enviado una carta á los ulemas de Khartum, en la que les anuncia que hará su entrada solemne en esta ciudad el día 26 de los corrientes.

De todas las poblaciones fortificadas del Sudán se tienen malas noticias. Hasta ahora se ha tratado siempre en vano de socorrer á Sinkat y á Tokar.

Según cálculos del ministro de la Guerra de Egipto, la evacuación del Sudán costará más de un millón de libras esterlinas, y pondrá en manos del Madhi un material de guerra considerable. Si se realiza esta evacuación, puede tenerse por seguro desde

luego que los insurrectos estarán en condiciones de invadir todo el Norte de Africa.

Como se ve, la situación es gravísima para todas las potencias que tienen posesiones en esta parte del continente africano.

No es, sin embargo, el Madhi el único peligro serio que amenaza á Egipto, ni mucho menos. El rey Juan de Abisinia, ha comprendido que se le presenta la mejor ocasión posible de vengarse de los disgustos que en otros tiempos le dieron los egipcios.

Al efecto de organizar su venganza ha reunido un ejército formidable, del cual 80.000 hombres están ya en territorio egipcio.

Los abisinios han declarado que el objeto de estos armamentos es apoderarse de todo el litoral del mar Rojo que confina con sus Estados, y han comenzado por rechazar toda amistad y trato con el titulado profeta de Mahoma.

Las tropas egipcias que Inglaterra ha degradado y envilecido, no están en condiciones de oponer á los abisinios una resistencia seria; pero el Madhi no se ha descuidado y ha reunido un fuerte ejército enfrente de los campamentos de los abisinios.

No se sabe á punto fijo de qué fuerzas podrá disponer el Madhi para oponerse á la invasión de los abisinios; pero desde luego puede asegurarse que sin grande esfuerzo podrá reunir un ejército tan numeroso como el del rey Juan, débil como es la guerra que le están haciendo los generales del Khedive.

Inglaterra, que es quien tiene la culpa del tristísimo estado en que se encuentra Egipto, trata de negociar con Abisinia, y aun parece que está dispuesta á concederle grandes ventajas si consiente en unirse á los egipcios contra el Madhi.

Estas ventajas consistirían en entregarle varios puertos del mar Rojo, á fin de que Abisinia pudiera fácilmente ponerse en contacto con Europa, Asia y Oceanía.

El rey Juan no parece dispuesto á aceptar de manos de Inglaterra lo que cree que podrá tomarse bonitamente sin necesidad de intervención de nadie. Además, los ingleses le son personalmente muy antipáticos.

Le asusta la idea de que se entraran en casa como amigos, para acabar, como en Egipto, por declararse dueños soberanos.

No debemos terminar esta crónica, sin dar noticia de la victoria alcanzada por los católicos de Hungría en la Cámara de los Señores, al discutirse por segunda vez el proyecto de ley autorizando los matrimonios de los cristianos y los judíos.

El Ministerio húngaro que preside el calvinista Sr. Tisza, hizo cuanto estuvo en su mano para allegar votos en favor de dicho proyecto de ley.

Pero los católicos trabajaron también como buenos, y el proyecto de ley fué rechazado por 200 votos contra 191. Figuran en la mayoría todos los Prelados de la Iglesia húngara que por sus achaques ó enfermedades no pudieron emprender y realizar el viaje á Buda-Pest.

El Ministerio, convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos para hacer aprobar el indicado proyecto por la Cámara de los Señores, ha desistido al fin, aunque no definitivamente.

Se cree que tratará de modificar la constitución de la Cámara de los señores, á fin de ver si de este modo logra su objeto. Pero es casi seguro que tropezará con gravísimos obstáculos en la realización de esta reforma, que afecta á la Constitución fundamental de la Monarquía.

Ante la contingencia de que el Sr. Tisza sucumba en la demanda, los católicos se organizan, á fin de estar en disposición de recoger su herencia.

D. ISERN.

HABLAR DE LA MAR



La tendencia fatal de la humanidad, en su peregrinación por el mundo de las contradicciones, elegir frecuentemente los caminos y atajos que menos se acomodan á sus aptitudes locomóviles, y yo no estoy exento de esta ley universal.

La debilidad de hablar de lo que no se entiende es tan general en nuestro país como la afición que á ser general tiene todo brigadier, todo coronel, todo comandante, todo capitán, etc., etc.

Cierto que este sistema no deja de ser socorrido, sobre todo cuando se aplica á la política.

Más de cuatro individuos que hoy conocemos

con el apodo de *eminencias*, con el mote de *repúblicos* ó con el alias de *esclarecidos* vegetarían hoy en la modesta condición de medianos abogados, médicos de partido, laboriosos carpinteros, pacientes zurcidores, incansables picapedreros, honrados músicos y ágiles danzantes, si al entrar en la vida social hubiesen consultado tan sólo sus naturales disposiciones y probado sus fuerzas en el dinamómetro de su inteligencia.

Hablar mucho, hablar de todo, hablar en todas partes, hablar sin ton ni són, y principalmente hablar gordo y con grandes pretensiones, es asegurarse, en plazo más ó menos largo, una posición política.

Ya he pronunciado dos veces esta palabra y, con efecto, á la *política* me refería para venir á decir que, ya espontánea, ya inconsciente, ya forzosamente, pongo á contribución la política en estos ratos de plática con mis lectores, por la misma razón que arriba he apuntado: porque no la entiendo y porque no la tengo afición alguna.

Pero hay todavía quien la entiende menos que yo (no aludo á los que la ejercen), y en tal número se cuenta mi fiel sirviente Roque, que me ha molido á preguntas y observaciones estos últimos días acerca de las cosas políticas que pasan.

Y si *pasaran*, menos mal; pero es el caso que no hay locución más impropia que esta, tratándose de cosas políticas. No, no, señores; las cosas políticas *no pasan*; *se quedan*, por desgracia nuestra, y *se quedan con nosotros*, en la acepción que da á esta frase el pueblo bajo de Madrid.

Todo lo más que puede concederse á las tales *cosas políticas*, tratándose de si pasan ó no pasan, es que le pasan al país de parte á parte.

Vuelvo á mi asunto para decir á ustedes que de tal modo me ha acosado Roque, durante tres ó cuatro días, para que le pusiese al corriente de los acontecimientos políticos, y tales esfuerzos de ingenio he tenido que hacer para poner al alcance de su comprensión lo que es para mí mismo incomprendible, que no logro ver mi pobre caletre libre del asedio de la política.

No me ocurren más que ideas absurdas, observaciones ilógicas, razonamientos falsos, sofismas, paradojas, desatinos.

Y es lo que he dicho arriba: que estoy invadido y compenetrado de la política, y todos los pensamientos á que intento dar forma y colorido gráficos, me resultan vestidos con traje de flequín.

— Enseñar al que no sabe, es una obra de misericordia — me decía Roque, apelando intencionalmente á mis sentimientos cristianos para obligarme á satisfacer su curiosidad.

Y yo le contestaba:

— Es cierto, pero ni tú necesitas aprender lo que para nada te sirve, ni yo debo constituirme en pedagogo tuyo.

— Como usted guste, señor — me replicaba; — pero ¿no piensa usted escribir esta década el acostumbrado artículo para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA?

— Sí pienso, y así lo haré, si Dios lo permite.

— Pues, si no pareciera mucho atrevimiento, yo le daría á usted una idea...

— ¿Una idea para el artículo? No me faltaba más que eso para coronar mi reputación literaria, que zarandeada y menesterosa debe ya andar entre los lectores de LA ILUSTRACIÓN.

— En tal caso, no hablemos más del asunto...

— Sin embargo, has picado mi curiosidad: veamos qué idea es esa, que podríamos llamar *idea de Roque*.

— Es una idea como otra cualquiera, y tal vez más nueva que algunas que aprovechan ustedes, los escritores, para entretener al público. Se reduce á explicar, de modo que lo entienda el vulgo ignorante, muchas cosas de la política que á mí me parecen incomprendibles.

— ¿Y te has figurado, por ventura, que los lectores de esa Revista necesitan que se les explique lo que ellos comprenden perfectamente, aunque lo ignore el vulgo?

— Demasiado sé que no lo necesitan; pero también sabe usted, como yo, que las publicaciones periódicas no las leen exclusivamente los suscritores, sino que suelen pasar de mano en mano entre los dependientes, criados y demás gentes de la casa que se encuentran, poco más ó menos, á la misma altura que yo en punto á alcances políticos.

— No dejas de tener razón en eso, y por esta vez te permito que hagas las observaciones pertinentes al caso.

— Impertinentes tal vez serán muchas de ellas, pero aprovecharé, de todos modos, el permiso de usted, y empiezo por preguntarle: ¿por qué ha caído el ministerio Posada Herrera?

— Por haber tropezado en una votación parlamentaria.

— No entiendo esa metafísica, señor, dicho sea con perdón de usted.

— Te lo pondré más claro: porque el Congreso de Diputados tenía que contestar al discurso que leyó el Rey cuando se abrieron las Cortes; el Ministerio quería que la contestación dijera, por ejemplo, *A* y la mayoría de los diputados quiso que dijera *B*, y por consiguiente...

— Llámelo usted *H*, tampoco lo entiendo.

— No te suponía tan zurdo.

— A esa puerta llamo yo, a la zurda, ó la izquierda, que viene á ser lo mismo. ¿Qué pito ha tocado la izquierda en esa serenata parlamentaria?

— El pito de la conciliación, para contestarte en el mismo tono musical.

— ¿Es decir, que el Ministerio quería que los diputados de la *B* se hubieran entendido con los de la *A*, para contestar al discurso del Rey?

— Precisamente.

— ¿Y por qué no se conciliaron?

— Porque los de la *A* querían que la contestación se acomodase á lo que el Rey indicaba en su discurso, respecto á hacer universal el sufragio electoral, y reformar, en tales ó cuales condiciones, la Constitución vigente...

— ¿Y los de la *B* resolvieron lo contrario? Ya lo voy entendiendo, pero me ocurre una cosa: pareceme falta de respeto al jefe supremo del Estado eso de apartarse de su opinión al contestarle.

— Dices un desatino, porque no conoces el mecanismo del sistema representativo: el discurso que lee el Rey en las Cámaras está redactado por sus consejeros responsables y no es, en manera alguna, la expresión de opiniones políticas del Monarca, que ni las tiene ni puede tenerlas, en buena teoría constitucional.

— Ta, ta, ta... Por eso me chocaba á mí tanto que, quince días antes de leerse ese discurso, se hablase ya de él en los periódicos, y se comentasen sus párrafos, y se dijese que se los había leído á Sagasta, para ver si estaba conforme con ellos... Vuelvo á mis trece, me parece una falta de respeto eso de...

— No, hombre, no; eso es una ficción propia del sistema parlamentario, que (aquí para entre nosotros) está lleno de ficciones.

— Me lo había figurado, sin saber por qué. De manera que el Congreso ha contestado al discurso de la Corona en un sentido contrario al que quería el Ministerio; el Ministerio ha llevado la contestación al Rey; el Rey ha despedido al Ministerio y ha nombrado otro nuevo. Ahora sí que estoy al corriente de lo que ha pasado.

— Ahora estás más lejos que nunca de la verdad; en primer lugar, el Congreso no ha contestado al discurso de la Corona.

— Pues entonces, ¿cómo se ha sabido que la contestación no era del agrado del Ministerio?

— Volvemos al principio: porque dos diputados propusieron que la contestación que proponían dar los amigos del Gobierno al discurso del Rey, se modificase en tal ó cual párrafo; se habló por espacio de quince días de esta enmienda, se puso á votación y resultó...

— Que el Ministerio no tenía enmienda...

— No es eso; resultó que el mayor número de representantes del país...

— ¿Y quiénes son esos señores?

— ¿Quiénes han de ser? los diputados.

— ¿Y los diputados representan al país?

— Eres, Roque, más ignorante aun de lo que yo me figuraba... Pues está claro que los diputados elegidos por la nación representan á la nación.

— ¿Incluso el sobrino de V., diputado por Villa-Puños?

— Incluso mi sobrino.

— Pero, señor, si yo estuve en Villa-Puños cuando se hicieron las elecciones y vi...

— Tú no viste nada, hablador.

— Está bien, no se incomode usted; yo no vi lo que vi, ni hice lo que hice, y volvamos á la cuestión: decía usted que el mayor número de diputados opinó que tenían razón los dos diputados que opinaban que no tenía razón el Ministerio en lo que quería que se contestase al discurso de la Corona.

— Exactamente; y como en el sistema parlamentario impera la ley de las mayorías...

— ¿Aunque las mayorías no tengan razón?

— La tienen siempre, en el hecho de ser mayorías.

— Ya me hago cargo: es, como si dijéramos, la ley de la fuerza; justamente la ley que pusimos en práctica en Villa-Puños para que saliese diputado el sobrino de usted.

— No, hombre, no es eso; la mayoría de un Congreso es una fuerza moral, no es una fuerza bruta.

— Eso parece dar á entender que éramos brutos los que trabajamos en Villa-Puños...

— No seas simple, y entiende lo que te digo. El Ministerio Posada Herrera tuvo en contra suya los votos de la mayoría, y desde aquel instante se consideró derrotado y presentó la dimisión al Rey, y el Rey, en uso de sus prerrogativas, encargó la formación de un nuevo Gabinete al Sr. Cánovas del Castillo, al jefe del partido conservador-liberal.

— Esto lo veo claro: puesto que los demócratas no sirven para conservar la libertad, vengan otros que la conserven y que, por ende, se llaman conservadores-liberales.

— Discurre como un guardacantón; pero no tengo tiempo ni gana de enseñarte lo que no sabes.

— Al menos, ¿me dirá usted qué vamos ganando con estos cambios de Ministerio?

— Esa pregunta deberías dirigirla á los parciales de la nueva situación, que hace pocos días estaban cesantes, y hoy están colocados y cobran sus sueldos.

— ¡Ah! Sí, recuerdo ahora haberle oído á usted hablar del juego de los partidos políticos: «Quítate tú para ponerme yo.»

— Está claro; si no hubiera destinos, no habría partidos.

— Y si no hubiera partidos, estaríamos como en la gloria.

— Menos tú, que estás siempre en el limbo. Ea, y basta de conversación, porque me figuro que lo único que tú buscas con estas sesiones inoportunas es exhibirte al público, aunque sea para que se rían de ti.

— No soy yo solo, señor, el que gusta de verse en los papeles públicos; más de cuatro que se dicen personas de importancia beben los vientos porque se hable de ellas, aunque sea para ridiculizarlas.

— También es verdad: por eso se dijo: *infinitus stultorum est numerus*.

— ¿Qué quiere decir eso, señor?

— Que ya es hora de que me sirvas el chocolate.

BLAS.

LOS GRABADOS

DESPUÉS DE LA CAZA

Los antiguos castillos señoriales con sus murallas y alcazabas, con sus patios de armas y sus espléndidos salones han venido á ser hoy habitación de los monjes y guardabosques y albergue de los cazadores. Nuestro grabado representa una escena de la caza de invierno en una de estas mansiones, donde habitaron un día grandes señores, cansados de la vida cortesana, y que hoy sirve de casa de guardas, desmantelada y pobre, sin otros ornatos que la magnífica chimenea gótica, noble resto de antigua grandeza.

Por lo que hace á la escena de caza, ninguna explicación mejor que este bello pasaje de Rojas en su comedia *Del Rey abajo ninguno*, que aunque largo vamos á transcribir íntegro para que se gocen con él nuestros ilustrados lectores.

DON GARCÍA. Más precio entre aquéllos cerros

Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlos por la dehesa,
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con pies rojos
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca;
Levantarlas, ver por dónde
Entró entre la pluma el plomo.
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el Conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas, ó tres,
Pastilla de lumbre es
Y canela del Brasil;
Y entregárselo á Teresa
Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite,
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios
Una yo y otra mi esposa
Nos comemos, que no hay cosa
Como á dos perdices, dos;
Y levantando una presa
Dársela á Teresa, más
Porque tenga envidia Bras,
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos

El esqueleto roído,
Y oír por tono el crujido
De los dientes y los huesos,
Y en el cristal transparente
Brindar, y con mano franca,
Hacer la razón mi Blanca,
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envía
El sustento cada día,
Varias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar
Que en más estimo, Señor,
Que en cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

SILLA DE CORO DE LA CATEDRAL DE BARGELONA

El coro de la catedral de Barcelona es uno de los más bellos de España, avalorado con una historia gloriosa y memorable. Dos hileras de sillas corren por los tres lados; las de la fila superior, notables por su sencillez y elegancia, las construyó Matías Bonafé en 1453 y cobró por cada una 15 florines, según consta en las cuentas capitulares. Los doseletes piramidales — copiamos al Sr. Cornet — de ricos y primorosos calados, son obra de los referidos alemanes, y los nobilísimos escudos de armas que están pintados en sus respaldos son los de los caballeros de la Orden del Toisón, que celebraron en este coro su primer capítulo general en 1518, cuyo año consta en el escudo que hay en la silla más inmediata al púlpito, capítulo que fué presidido por el Emperador Carlos V y al que asistieron los reyes de Francia, de Portugal, de Dinamarca y de Polonia, y los duques del Infantado, de Alba, de Frías, de Cardona y otros.

La silla que representa nuestro grabado da idea de este magnífico coro, del más bello estilo gótico.

LA VIRGEN-MADRE

Estatua de Doré.

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN conocen muchas obras pintorescas de este célebre artista, arrebatado por la muerte en la época más floreciente de su vida. Dibujante, pintor y escultor, Doré reunía cualidades que rara vez se encuentran juntas en un hombre y sobre todo con la maestría que en él brillaban, superiores á lo que puede esperarse en estos desdichados tiempos de un artista francés.

Como obra de escultura merece reproducirse la de la *Virgen-Madre*, premiada en la Exposición de París de 1880. Nuestra Señora aparece de pie, sosteniendo con su benditas manos á su Divino Hijo, extendido en cruz sobre el corazón de su Madre. La Virgen contempla al Niño Dios con amor y con compasión inefables, y el Niño levanta los ojos al cielo como invocando la misericordia de su Eterno Padre.

La composición reúne novedad, gracia y ternura edificante y piadosa; la ejecución es notable por el dibujo, aunque parece pecar de excesivamente larga la figura, sin duda por haberse inspirado el artista en las *Madonas* italianas de los trecentistas. De todos modos es una obra que honra al arte contemporáneo.

PUERTA DEL ANGEL EN MADRID

Aislada en medio de desmontes y solares en construcción, álzase todavía esta puerta más interesante por su origen y originalidad que por su mérito artístico. Servía de entrada al palacio del Buen Retiro, y pocos años há que fué desarmada y colocada de nuevo en un semicírculo delante de San Jerónimo, donde estuvo escueta y desamparada algún tiempo hasta que, desarmada de nuevo, ha sido trasladada por segunda vez á la entrada del Retiro, frente al Cason y no lejos del Parterre.

Es obra de 1690 y consta de un cuerpo con dos pilastras de granito y varios ornatos del estilo de su época.

RECTIFICACIÓN

Un querido suscriptor nuestro de Valladolid nos advierte que la portada del palacio de Ansurez que publicamos há pocos números, no pertenece á edificio ninguno de la antigua corte castellana; sino á un palacio de Don Pedro I que existe en las cercanías de Toledo.

Al hacer esta rectificación nos cumple declarar en nuestro descargo, que tomamos aquella noticia y casi la descripción de *La Academia*, revista dirigida por dos académicos de San Fernando, el Sr. Rada y Delgado y el Sr. Tubino. Puede verse la lámina en la página 309, tomo IV, núm. 20, y la descripción en el mismo volumen, página 318.

La autoridad de los citados señores en materias arqueológicas nos hizo á nosotros caer en el error; pues ya se comprende que no hemos de haber visto con nuestros ojos todos los monumentos que publicamos. Lo sucedido ahora nos servirá de regla para desconfiar de *La Academia* y de publicaciones semejantes.

SAN GARCÍA

ABAD DE SAN PEDRO DE ARLANZA



El viajero que en nuestros días se encamina desde Burgos á Soria, próximamente á siete leguas de distancia de la primera de estas ciudades, después de atravesar el modesto pueblo de Hortigüela, ve desplegarse ante sus ojos un vasto y fértil

valle, por entre el cual serpea el río Arlanza. Este fué campo de batalla en el que, en dos ocasiones, en Cascajares y Acinas, el Conde Fernán González puso en completa derrota á los moros, asegurando con esta victoria la independencia de Castilla. Hallase este campo dominado por una montaña aislada y accidentada, sobre la cual se hallan situados el castillo ó los torreones de Carrazo, fortaleza levantada por la naturaleza, y de la cual cuéntase que habían hecho los mahometanos el punto de apoyo de su dominación en el país, y del cual los arrojó el valiente Conde para siempre. Vense aún en nuestros días, restos de fortificación, de torres ruinosas y una cisterna cuya fecha hace remontar la tradición popular hasta aquellas luchas memorables.

Mientras Fernán González esperaba en aquel país el ataque de los moros, extravióse cierto día, yendo de caza, en persecución de un jabalí, y engolfóse en el angosto y pintoresco valle que, partiendo de Hortigüela, descende hasta más allá del pueblo de Covarrubias.

Durante dos leguas se abre el Arlanza, penosamente, paso entre dos cadenas de escabrosas montañas, cubiertas de peñascos y bosques. El río se detiene súbitamente en su carrera por una valla prominente que se levanta en su lecho, obligándole á describir un extenso círculo para continuar su corriente.

A este sitio, el mas pintoresco de aquel encantador valle, había llegado Fernán González, cuando perseguida constantemente la fiera por los cazadores, saltó sobre la colina y desapareció en la espesura; ansiando perseguirla hasta dar con ella el Conde, echó pie á tierra y trepó á su vez la misma escabrosa senda que el jabalí había seguido. Pero ¿cuál no sería su sorpresa, al encontrarse en la cima de la roca, oculta entre los árboles, una pobre ermita y tres solitarios que en ella vivían, consagrados á las prácticas de la penitencia y á la contemplación! Era Pelayo el superior de aquella humilde comunidad, y Arsenio y Silvano tenían á gloria llamarse sus discípulos.

En aquella soledad vivían lejos del ruido mundanal, y serviales de retiro y completaba su ermita una profunda cueva situada en su pobre capilla. Los siervos de Dios ofrecieron al Conde, jadeante de fatiga, una sencilla pero cordial hospitalidad, que desde luego aceptó. El siguiente día, Pelayo, que había pasado la noche orando, anunció á Fernán González, que saldría vencedor en la batalla que se preparaba, y pidióle en cambio que se acordase de aquel lugar y de los pobres ermitaños que en él había encontrado.

Pasados algunos días, el Conde de Castilla, seguido de un puñado de esforzados campeones, derrotaba completamente al numeroso ejército de los moros en Cascajares, y en agradecimiento, no tardó en empezar la construcción de un monasterio para que lo ocupasen los santos ermitaños, á cuyos méritos atribuía su victoria; pero Pelayo y sus compañeros no debían habitarlo. Habiendo tomado la ofensiva los musulmanes, penetraron hasta su retiro, y á todos tres les cortaron la cabeza. Rodeado Pelayo de gloria, y cubierto de vestiduras blancas como la nieve, llamó entonces á Fernán González y le animó á atacar de nuevo á los enemigos de Dios y del nombre cristiano, prometiéndole que el Apóstol Santiago y él mismo, conducirían legiones de ángeles para ayudarle en la batalla, y en efecto, no tardó el Conde en alcanzar, con fuerzas desiguales, la decisiva victoria de Acinas y de Piedrahita.

Estos relatos se hallan confirmados por una inscripción del siglo XII, por antiguas pinturas, por un culto y una tradición inmemorial, y más que todo esto, por la existencia de una rica y grandiosa abadía benedictina, levantada al pie de la roca en que vivieron los Santos solitarios. En 912, por medio de un privilegio cuyo texto ha llegado hasta nosotros, concedió Fernán González ricos donativos al referido monasterio de San Pedro de Arlanza, y entre todas las iglesias que había fundado, la eligió para sepultura suya y de su familia. Hizo transportar allí los cuerpos de sus parientes, y en 970 él mismo fué allí á dormir su último sueño junto á su esposa Doña Sancha. Algunos de sus hijos reposaron también allí á su lado, y su nieto, el Rey Fernando, solicitaba también ser enterrado en aquella santa tierra junto al héroe que había levantado á tanta altura la grandeza de su casa.

Más de un siglo había transcurrido desde la fundación de San Pedro de Arlanza, y este monasterio no había cesado en su prosperidad, acrecentándose ésta con el fervor de sus frailes, cuando entró en él

San García, que debía llevar su gloria al mayor apogeo.

Nació este siervo de Dios en la Bureva, entre Belorado y Briviesca, en el pueblo de Quintanilla, que ya tiene el nombre de San García, impuesto por los beneficios que ha logrado aquel lugar con el patrocinio de este su bienaventurado vecino. Su nacimiento fué á fin del siglo X ó entrada del siguiente; consagróse al servicio de Dios, metiéndose monje en San Pedro de Arlanza, y por su medio quiso Dios engrandecerlo, no sólo en santidad sino en donaciones que le hacían los Reyes y señores. El principal de todos fué el Rey D. Fernando I, devotísimo, como hemos ya dicho, de esta santa casa.

Concurría frecuentemente á Arlanza, y con este conoció lo mucho que el monje Fr. García sobresalía en prudencia religiosa y demás prendas necesarias para gobernar el monasterio, y en efecto, le hizo Abad en el año de 439. Desde entonces fué creciendo la fama del Santo de día en día por espacio de más de treinta años. Hízose amable para Dios y para con los hombres; y no sólo ganaba para sí, mas también el monasterio adelantaba en santidad, arrebatando la atención y devoción de los fieles sobre hacerle favores para merecer participar de sus oraciones. El Rey D. Fernando le unió muchos monasterios, á fin de que floreciese en ellos la observancia con que San García tenía engrandecido este santuario, y algunos fueron concedidos á petición del Santo Abad.

La vida que hizo el Santo en aquel desierto de Arlanza, parece fué toda oculta con su Dios, pues no hubo quien se atreviese á escribirla. Pero la grande edificación de sus acciones; la observancia particular en que florecía la casa; los regalos que le hicieron los Reyes y magnates, y algunos milagros obrados por Dios mientras vivía, muestran cuán acepto le era este siervo. Pero aun sobre esto anduvieron escasos los antiguos: pues diciendo que había muchos testimonios de su santidad, se contentaron con referir uno, y este fué, que estando un Viernes Santo comiendo pan y agua con sus monjes, echó la bendición y se convirtió el agua en vino.

En este tiempo había en toda Castilla gran observancia y fervor en la religión de San Benito; sin embargo, en la diócesis de Burgos florecía más que en otra parte del reino, siendo en el mismo tiempo cuatro ilustrísimos Santos, San Iñigo, San Sisebuto, Santo Domingo y nuestro San García, gobernando los monasterios de San Salvador de Oña, San Pedro de Cardeña, San Sebastián de Silos y San Pedro de Arlanza. Tuvieron entre sí las mas fraternas relaciones, franqueándose mutua y caritativamente lo que hallaban mas útil para sus monasterios, como se ve en algunas escrituras de permutas de heredades que hicieron las casas de Arlanza, Oña y Cardeña. Santo Domingo de Silos presenció una función que fué la mayor gloria de San García y que ensalzó al extremo su monasterio.

Hizo el cielo al Santo Abad una revelación ó visión, en que le mostró el sitio donde estaban los mártires San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta sus hermanas, en Avila, en donde habían padecido la muerte por la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Con las entradas de los moros, esta ciudad estaba tan despoblada, y el sepulcro de los mártires tan olvidado, que no tenían los Santos la veneración que merecían. Pidió García al Rey Fernando I el permiso de sacar estas sagradas reliquias de Avila para honrar con ellas su monasterio, le otorgó el Rey este favor, y convocando el Santo todos los Obispos, Abades y magnates de la provincia, trajo á Arlanza este preciosísimo tesoro, en presencia de una inmensa muchedumbre de gente. Asistió Santo Domingo, y su biógrafo contemporáneo, el monje de Silos Grimaldo, hace la relación de esta solemnísimas traslación, alabando la industria y energía que desplegó entonces el Abad de Arlanza. Refiere también, que liberal de sus riquezas, el santo varón no se negó á regalar con algunas reliquias de los santos mártires á los Prelados que habían acudido á la sagrada función. El poeta Barceo, otro historiador de Santo Domingo, añade que en esta traslación obraron los santos mártires muchos y grandes milagros, sanando una porción de enfermos de varias enfermedades. Este acontecimiento, que honró tanto á San Pedro de Arlanza, se verificó en el año 1061, y desde luego los Reyes y señores hicieron nuevos favores á esta casa por veneración á los Santos Vicente, Sabina y Cristeta.

Sobrevivió mas de diez años el Abad San García, atesorando méritos á que contribuiría mucho la compañía de los mártires que le debían el nuevo resplandor de su culto. Llegó, en fin, el año de 1073, y en éste le concedió el cielo que su alma subiese á acompañar la de aquéllos, cuyos cuerpos acompañó en la tierra y todos, con los demás bienaventurados, le glorifican para siempre. En el mismo año también subió al cielo el hermano y amigo del Santo Abad

de Arlanza, Santo Domingo de Silos. Los monjes de Arlanza sepultaron el cuerpo de San García en la nave de su iglesia, á la puerta de la capilla llamada de los Mártires; pero en 1620 le trasladaron á una urna, que pusieron en la capilla, y que se abrió en 1724, para sacar el hueso grande de la cadera derecha que se dió á la villa de Quintanilla, patria del Santo, que solicitaba con sumo afán este gran regalo, y que le conserva todavía con el mayor respeto, celebrando cada año una fiesta solemnísimas en honor de su querido vecino y glorioso patrono.

Los monjes de Arlanza conservaban también un anillo del Santo, el cual, decía el maestro Flórez, era de metal como alquimia, « con una piedra que parecía cornalina. » Este anillo salía pedido por los enfermos del contorno, y hacía muchos beneficios, especialmente para flujos de sangre, que restaña repentinamente, siendo tan general y común el pedido, que andaba nueve ó diez meses cada año fuera del monasterio. Tanta era la fe y devoción para con San García.

Pero ¡ah! el culto de San García se halla ya abolido en Arlanza, y sin esperanza de verlo nunca restablecido. En 1835, al grito de libertad y de civilización, los frailes benedictinos que Fernán-González había establecido junto á su sepulcro, fueron arrojados del monasterio en que durante diez siglos no habían dejado de cumplir con los designios de su fundador. La rica biblioteca del monasterio desapareció al punto, sin que se haya podido averiguar á qué manos ha ido á parar uno solo de sus libros; los preciosos documentos de los archivos fueron dispersados, los lugares sagrados se convirtieron en cuadras y establos. Un guarda fué con su familia á sentar sus reales en las habitaciones del Abad, mientras un pueblo, compuesto de carboneros y de peones, invadió las de los frailes. La antigua y venerable mansión de la santidad y de la ciencia, habían quedado reducidas ya á la condición vulgar de centro de una explotación agrícola, en beneficio de intereses particulares. No tardó en extenderse la desolación hasta el templo del Señor: fueron arrebatadas las reliquias, y la catedral de Burgos enriquecióse con los preciosos despojos de los mártires de Avila, y la colegiata de la inmediata población de Covarrubias recibió las de los Santos ermitaños de Arlanza y de San García. El Conde Fernán-González y su mujer, que no debían ya reposar más tiempo en el lugar que habían escogido para sus sepulturas, fueron igualmente trasladados á Covarrubias, sin que se haya cuidado, según se dice, de reconocer y conservar separados sus huesos. Privada de sus frailes, de sus héroes y sus Santos, la noble basílica romana sólo debía esperar desmoronarse y venir á tierra. Durante mucho tiempo, resistió á las intemperies de las estaciones y á la incuria de los hombres, porque sus fundadores la habían edificado para que fuese eterna. Por último, en 1880, cedió: su gran bóveda hundióse con espantoso estruendo, y cada año su desmorona un lienzo de aquellos nobles y santos muros. Arlanza no cuenta ya con iglesia ni con altar, y no se ofrece ya el Santo Sacrificio en aquel lugar de donde partía para todo aquel país la señal de la libertad de un yugo perverso y odiado.

¡Oh gloriosa, católica y santa España! ¿qué ganas tú, por tanto, con dejar que se destruyan, unos en pos de otros, todos los monumentos de tu grandeza pasada, testigos vivos de tus heroicos combates y de tus sublimes virtudes? En otro tiempo aflaban á tu seno el oro y la plata, tus escuelas eran las primeras del mundo, tu clero no tenía igual en la cristiandad, tu nobleza veíase donde quiera honrada como la más esclarecida del Universo, tus ejércitos hacían temblar á Europa, y tus escuadras cubrían los mares, y tus reyes mandaban á los Reyes; entonces te enorgullecías con tus espléndidas catedrales, con tus innumerables colegiats, con tus monasterios y conventos más numerosos y poblados que los de ningún otro país del orbe cristiano. Entonces todas las riquezas eran para Dios, todo tu genio, toda tu energía, toda tu sangre se hallaban consagradas á su alabanza, y por esta causa aparecías gloriosa y floreciente. ¿Por qué, pues, has cambiado? Quomodo. Has querido también tú entrar en la senda del progreso material, sacar más riqueza de tu suelo, abrir nuevos canales á tu actividad, tomar parte en este inmenso trabajo por medio del cual intenta la humanidad arrancar á la naturaleza todos sus secretos; noble y legítima es esta ambición; pero ¿por qué, á ejemplo de una nación vecina tuya, quizá también más culpable que tú, has creído que para conseguir el objeto de tus esperanzas, era preciso arrojar á Dios de sus templos y ahogar los acentos de la alabanza divina, despojar y arrojar de sus casas á los

1 V. Yepes. *Crónica de la Orden de San Benito*, t. I, páginas 375 y 599 y t. VI y p. 208; pero sobre todo, Flórez, *España Sagrada*, t. XXVII, pág. 82 — 154, quien con admirable exactitud y seguridad crítica, discute todas las tradiciones tan respetables del monasterio de Arlanza.

1 Flórez, l. cit., cap. 141-5.

servidores y ministros del Altísimo, y arrojar á los profanos la herencia del Señor y de sus Santos? Que el Padre misericordioso que está en el cielo te perdone tu deplorable error; pero ¿cómo el corazón de aquellos que aman tus antiguas glorias no derramará sangre al ver las tristes ruinas que has amontonado diariamente sobre tu suelo, y cómo no temblarían por tí? ¿No ha dicho Aquel que nunca se engaña, ¡ah! en sus escrituras: *Justitia elevat gentes, miseros autem fecit populus peccatum?*²

D. FR. ILDEFONSO GUEPIN,
Fraile benedictino de la Congregación de Francia,
Prior de Santo Domingo de Silos.

VINDICACIÓN DE SAN GREGORIO VII

VI

Sabido es que Enrique III de Alemania, padre de Enrique IV, no dejó de estar en constante lucha con la Santa Sede con motivo de las elecciones de Pontífices. Su hijo, como tendremos ocasión de probar, siguió la misma conducta que había él observado, pues no bien hubo llegado á mayor edad, y no queriendo reconocer por legítima la elección del Papa Alejandro II, por no haber pedido éste su asentimiento, nombró para reemplazarle á Cadalotís, Obispo de Parma, quien tomó el nombre de Honorio II.³

Muerto Alejandro II, ocupó la Silla de San Pedro el Cardenal Hildebrando, á quien se le eligió Papa, contra su voluntad, el 22 de Abril de 1073.

Al momento, dispuesto como se hallaba á defender los derechos de la Iglesia católica, envió diputados á Enrique IV para darle conocimiento de su elección, y suplicarle al mismo tiempo que no accediera á ella, declarándole de paso que si debía de ser Papa no dejaría impunes sus numerosos crímenes.

Enrique, por su parte, envió al Obispo de Verceil á Roma para felicitar en su nombre á Gregorio VII y asistir á su consagración.

Pero no bien Gregorio VII se vió en posesión de la Santa Sede, manifestó todo el celo de que se hallaba poseído por defender la verdad y la justicia, no reparando en los obstáculos que tenía que vencer y los peligros á que se exponería con su línea de conducta.

A este fin reunió un Concilio en Roma el año 1074, en el cual se privó á todo Prelado recibir la investidura de manos de un laico, aunque éste fuese Emperador ó Rey.

De resultados de este acuerdo del Concilio, se entabló con más encarnizamiento la célebre querrela de las investiduras, como veremos ahora.

Mas bueno será digamos antes dos palabras acerca de lo que significa la *querrela de las investiduras*, con objeto de que el lector se forme idea exacta de lo que más de una vez habrá oído cuestionar sin conocimiento pleno de lo que se discutía.

Para este fin, dejaremos la palabra á una de las glorias del sacerdocio español, el que con su acostumbrada penetración y sólida doctrina lo ha explicado de una manera tan clara y tan precisa, que no cabe lugar á duda de ningún género.

Dice así tan ilustre escritor:

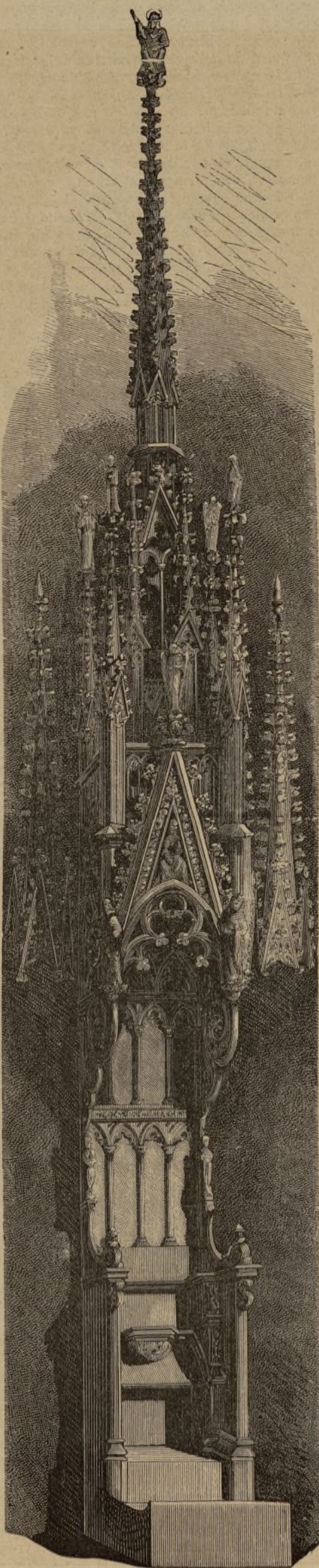
«La *investidura*, según el tecnicismo de la Edad Media, consistía en el acto solemne por el que el señor soberano ponía á un vasallo suyo en posesión de un feudo, simbolizando esta trasmisión de dominio por la entrega de una piedra, de la rama de un árbol ó de otro objeto alegórico, según la diversidad de costumbres locales.

»Obispos y Abades, fueron llamados también á la honra de la investidura y al goce de las temporalidades que los Príncipes le asignaron en consideración á su alta dignidad eclesiástica. Y esta investidura se concedía á los Prelados por la entrega del anillo y de la cruz, emblemas naturales de la jurisdicción episcopal. Mientras la investidura de los Obispos se

¹ Thren., IV, I.

² Prov., XIV, 34.

³ Resentida la Emperatriz Inés, madre de Enrique, de que hubiese sido elegido Papa Alejandro II, sin aguardar el consentimiento de su hijo, é instigada por las sugestiones de los Obispos de la Lombardia, en su mayor parte cismáticos y concubinos, hizo elegir Papa en la Dieta de Basilea al mencionado Cadalotís, hombre muy corrompido en sus costumbres. Este, á la cabeza de un ejército, fué á Roma, en la que, por sorpresa, se apoderó de la ciudad Leonina. Obligado por el pueblo á salir de la ciudad, se retiró con sus tropas al castillo de Sant'Angelo, en el que sostuvo durante dos años continua guerra con las tropas pontificias. Por último, obligado á huir, acabó sus días de una manera harto miserable en un pueblo oscuro de la campiña romana. (Edmond Lafond: *La Voie douloureuse des Papes*, pág. 56.)



Silla de coro de la catedral de Barcelona.

limitaba á la colación, ó concesión de un beneficio puramente temporal, nada tuvo que reclamar la Iglesia. Pero era muy temible que se introdujeran con este motivo graves abusos, y abusos graves, gravísimos, tuvieron lugar en efecto.

»Los Príncipes exageraron el derecho de *investidura* hasta el sacrilegio extremo de arrogarse el poder de conferir la jurisdicción espiritual, y empezaron á distribuir á precio de oro abadías y obispados, con escándalo del mundo católico y con detrimento gravísimo de los derechos y de la disciplina de la Iglesia.

»No se debe confundir la ceremonia de la *investidura* con la del *homenaje* y *juramento de fidelidad*. El *homenaje*, que de ordinario precedía á la *investidura*, era la profesión exterior de sumisión y dependencia con que el vasallo se comprometía al leal servicio de su señor.

»Las contestaciones enérgicas que mantuvieron vivo el juego de la lucha entre las dos potestades, tuvieron por objeto principal, no la ceremonia del *homenaje* y el *juramento de fidelidad*, sino la de las *investiduras*, contra las que *protestaron en todos los tonos los Papas y los Concilios*. Y la ceremonia de la *investidura* no era, según creyó Voltaire, una ceremonia indiferente. No; si se estudia bien la historia, se comprenderá fácilmente que ninguna otra controversia fué de más reconocido interés en el orden religioso. «Los Emperadores, dice Bossuet¹, abusaban del uso de las investiduras para vender los Obispos y reducir la Iglesia de Jesucristo á una esclavitud eterna.» En efecto; nada menos se trataba que de la libertad esencial de la Iglesia en su gobierno, y particularmente en la elección².

Veamos ahora las consecuencias de la lucha entablada contra la Santa Sede, con motivo de la cuestión de las investiduras...

VII

Gregorio VII, firme en su propósito de hacer cumplir lo que en el Concilio se había acordado para emancipar á la Iglesia de la opresión en que, á título de protección, la tenían postergada el Rey de Francia y el Emperador de Alemania; viendo que, particularmente Enrique de Alemania, hacía un tráfico ilícito con las dignidades de la Iglesia, levantó su autorizada voz contra semejantes escándalos, haciendo primeramente amonestaciones suaves, al par que dignas, á este Emperador, para que desistiese de tan sacrílegas pretensiones, advirtiéndole de paso que, de persistir en semejante conducta, se vería obligado á excomulgarle.

Ocupado en aquel tiempo Enrique IV de Alemania en sojuzgar á los sajones, que se le habían sublevado, se adhirió á todo cuanto el Papa le propuso. Pero no bien los hubo sojuzgado, se entregó con más ardor á sus locas pretensiones y primeros yerros.

Entonces el Papa volvió á amonestarle con dulzura á que volviese al buen camino, anunciándole al mismo tiempo que, en caso de persistir en su execrable conducta, se vería obligado á excomulgarle.

Enterado Enrique de la carta del Papa, lejos de hacer caso de las amonestaciones paternales que en ella le hacía, lleno de soberbia y de despecho, celebró en Worms un conciliábulo con objeto de deponer al Papa, al que asistieron algunos Obispos simoníacos.

Después de esto, despachó á Roma unos diputados con la misión de entregar una carta al Papa, en la que, como se verá ahora, le participaba le había depuesto de la Silla Apostólica, llenándole al mismo tiempo de improperios.

Hé aquí la carta, según la ha insertado César Cantú en su *Historia Universal*:

«Enrique, Rey, no por la violencia, sino por la voluntad de Dios, á Hildebrando, no Papa, sino falso monje. Mereces este saludo por el desorden que introduces en la Iglesia; has hollado con tu planta á sus Ministros como esclavos, y así te has adquirido el favor del vulgo. Lo hemos tolerado algún tiempo, porque era deber nuestro conservar el honor de la Santa Sede; pero nuestra reserva te ha parecido miedo; te has hecho audaz hasta el punto de elevarte sobre la dignidad y de amenazarnos con quitárnosla, como si tú nos la hubieses dado. Has puesto por obra intrigas y fraudes; has buscado el favor con ayuda del dinero y la fuerza de las armas; con ayuda del favor y con ayuda de las armas, has conquistado la cátedra de la paz, de donde la has destronado. Tú, subalterno, te has alzado contra lo que estaba establecido: ahora bien, San Pedro, verdadero Papa, dijo: «Temed á Dios, honrad al Rey,» pero tú, así como no temes á Dios, no me honras á mí, su delegado. Cae, ó sé excomulgado. Vé á las

¹ Defensa de la Declaración, libro III, cap. XIII.

² D. Vicente Manterola: *El Apostolado de Roma*, página 204 y siguientes.



LA VIRGEN-MADRE, ESTATUA DE DORÉ.

cárceles á sufrir nuestro juicio y el de los Obispos. Baja de esa cátedra usurpada: Yo, Enrique, y todos nuestros Obispos, te lo intimamos. ¡Abajo! ¡abajo!»

Mas como si esta carta no fuera aún bastante despresiva é insultante para la dignidad del Papa, en el dicho conciliábulo de Worms se dirigieron contra Gregorio VII nueve imputaciones sumamente injuriosas, como vamos á ver ahora.

Hélas aquí ¹:

«1.^a Rodeado de una tropa de legos, ha hecho comparecer en su presencia á Obispos; luego á fuerza de amenazas, les ha obligado á jurar solemnemente que no piensen más que en él, no en sostener la causa del Rey, y favorecer sólo á él por Papa.

«2.^a Ha dado falsas interpretaciones de las Santas Escrituras.

«3.^a Ha excomulgado al Rey sin examen legal ni canónico, aunque ningún Cardenal quiso suscribir á esta sentencia.

«4.^a Ha conspirado contra la vida del Rey. Teniendo costumbre este Príncipe de ir á orar á Santa Maria del Monte Aventino, Gregorio impulsó á un miserable á que colocara en la techumbre de esta iglesia muchas piedras dispuestas de modo que cayeran sobre la cabeza del Rey cuando estuviera en oración; el asesino se comprometió á ejecutar este criminal designio, pero á tiempo de remover un enorme pedrusco, cayó y se reventó sobre el pavimento de la iglesia. Indignados de tal desmán los romanos, arrastraron el cadáver durante tres días por las calles.

«5.^a A pesar de las reclamaciones de los Cardenales, echó un día en el fuego el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, como puede atestiguarlo Juan, Obispo de Ostia.

«6.^a Se ha atribuido el don de profecía, ha vaticinado la muerte de Enrique, y el día de Pascua exclamó desde lo alto del púlpito: «No me consideréis como Papa si no se realiza mi profecía, y arrancadme del altar.»

«7.^a Este día quiso hacer asesinar al Rey.

«8.^a Ha condenado sin juicio y sin confesión á ser ahorcados á tres hombres.

«9.^a Lleva siempre encima un libro de nigromancia.»

Inmediatamente Gregorio VII convocó un Concilio en Roma (año 1076), en el que después de leer á los Padres la carta que le había dirigido Enrique, expuso las razones que creyó pertinentes al esclarecimiento de la verdad ². Indignados los Padres del Concilio de tan sacrilego atentado, unánimemente declararon que se debía separar de la Iglesia de Cristo á quien con tanta impiedad hollaba el honor de su Vicario, que se le debía privar del reino y de toda dignidad temporal á quien había osado despojar á la Iglesia de su Pastor, dilacerarla con el cisma y profanarla con la herejía ³.

A consecuencia de esta excomunión y de haberle privado del reino, los Príncipes de Sajonia se reunieron en Ulm, acordando convocar á los demás Príncipes para que estuvieran en Tibur durante el mes de Octubre del mismo año (1076), con objeto de resolver aquello que más conviniese al bien del reino y á la conservación de la fe. Asistieron á dicha reunión de Ulm, Sigifredo, Arzobispo de Maguncia; Rodolfo, Duque de Suabia; Welien, Duque de Baviera; Bertoldo, Duque de Carintia, y Adalberto, Obispo de Worms.

Verificada, en efecto, la deseada reunión, acordaron en ella los Príncipes del Imperio hacer saber á Enrique, que si en un tiempo determinado no satisfacía á Dios, á su Iglesia y á la república, le declararían depuesto de su dignidad ⁴.

¿Qué hizo entonces Enrique?

No bien tuvo conocimiento de lo que habían acordado los Príncipes del Imperio, dirigióse á Italia antes de Navidad, en compañía de su esposa é hijo, todavía niño, á reconciliarse con la Iglesia. Hallábase en aquella sazón Gregorio en Canosa (Lombardía), y allí tuvo que dirigir sus pasos con objeto de alcanzar el perdón que deseaba, el cual obtuvo poco después de haber estado por espacio de tres días, desde la mañana á la tarde, despojado de sus ornamentos imperiales y cubierto de un cilicio, sin guardias, sin comitiva, con los pies desnudos sobre la nieve y con la cabeza descubierta. Admitidos en audiencia por el Papa, obtuvo su absolución bajo las cláusulas y condiciones consignadas en un acta fechada en 28 de Enero de 1077.

VIII

Aquí, y antes de pasar á describir los últimos actos de Enrique de Alemania contra la Santa Sede, vamos á responder á dos objeciones que se hacen respecto de la cuestión de las investiduras y á la supuesta humillación de Enrique IV en el castillo de Canosa.

En cuanto á la aserción de que el Papa exageró la gravedad de la cuestión de las investiduras, oigamos lo que acerca de dicha querella dice un célebre escritor francés:

«Ciertamente no era una vana querella la de las investiduras. El poder temporal amenazaba abiertamente concluir con la supremacía eclesiástica. El espíritu feudal, que dominaba entonces, iba á hacer de la Iglesia, en Alemania y en Italia, un gran feudo dependiente del Emperador. Este Príncipe vendía públicamente los beneficios eclesiásticos; los Sacerdotes llevaban armas; un concubinato escandaloso manchaba el orden sacerdotal; no hacía ya falta más que una mala cabeza para anonadar el sacerdocio, proponiendo el matrimonio de los Sacerdotes como un remedio á mayores males... En una palabra: la Iglesia había concluido humanamente hablando; ni tenía ya forma ni policía, y bien pronto ni nombre sin la intervención extraordinaria de los Papas, que se sustituyeron á autoridades extraordinarias ó corrompidas, y gobernaron de una manera eficaz para restablecer el orden ¹.»

Después de lo que acabamos de transcribir, creemos quedará aún el temor de que el Papa se extralimitó en el cumplimiento de su deber en la cuestión de las investiduras.

Desgraciadamente esta cuestión no acabó con Enrique IV, sino que continuó entre Enrique V y los Papas Urbano II, Pascual II y Gelasio II, hasta que el Papa Calisto II la terminó en 1122 por un compromiso que se conoce con el nombre de Concordato de Worms, por el cual el Papa reconoció en el Emperador de Alemania el derecho de dar la investidura temporal de los bienes seculares, reservándose la investidura espiritual, es decir, el derecho de conferir los títulos eclesiásticos.

Por lo que hace al acto de sumisión que algunos creen fué muy humillante para Enrique de Alemania, debemos decir que, como quiera que la conducta de Enrique había sido en extremo escandalosa, la penitencia debía ser proporcionada á la culpa.

Los mismos escritores protestantes confiesan que no hubo semejante humillación, y en prueba de ello hé aquí algunos párrafos que así se lo demuestran. Dicen así:

«No han faltado escritores alemanes que consideren la escena de Canosa como un insulto hecho á la nación alemana por un Prelado arrogante. Semejante modo de ver, indica una gran ceguera, y no es digno de un pueblo ilustrado. Depongamos un instante las prevenciones nacidas del orgullo nacional y del protestantismo, y coloquémonos en la esfera verdaderamente protestante de una perfecta libertad de pensar. Veremos en Gregorio á un hombre que, salido de una clase privada entonces de toda influencia política, y no teniendo por apoyo más que la fuerza de su talento y de su voluntad, saca de la abyección una institución envilecida (la Iglesia) y le da un brillo desconocido hasta entonces. Al revés, vemos en Enrique á un hombre, y apenas merece este nombre á quien su padre había dejado un poder casi absoluto sobre un pueblo valeroso y rico para aquel tiempo, que, á pesar de un gran número de medios exteriores, arrastrado por la vileza de su carácter al lodazal de los vicios más vergonzosos, cuyo nombre no se puede pronunciar siquiera, descendiendo al papel de cobarde suplicante, y después de haber hollado con su planta lo más sagrado que hay entre los hombres, tiembla á la voz de aquel héroe intelectual. Es dar prueba de muy estrecho talento dejarse cegar por el orgullo nacio-

nal hasta el punto de no regocijarse del triunfo alcanzado en Canosa por un genio elevado sobre un hombre vil y sin carácter ¹.

Volvamos ahora á nuestra narración.

No bien llegó Enrique á Lombardía, quebrantó los juramentos que había prestado en Canosa. Entonces los Príncipes del Imperio, de acuerdo con los de Sajonia, Germania y Suabia, eligieron por Rey á Rodolfo, Duque de Suabia, el cual se resistía á aceptar semejante carga sobre sus hombros. Pero, no obstante su oposición, fué coronado en Maguncia por Sigifredo, Arzobispo de aquella diócesis, el día 26 de Marzo de 1077 ².

No bien tuvo conocimiento el Papa de la elección de Rodolfo, cuando por medio de sus legados solicitó un salvoconducto de Enrique y de Rodolfo, con objeto de trasladarse á Germania, y juzgar en presencia de ambos rivales lo que convenía á la tranquilidad del Imperio ³. Noticiosos los sajones de lo que se proponía el Papa, le escribieron varias cartas quejándose de sus buenos propósitos y doliéndose de que prefiriese á Enrique en perjuicio de Rodolfo, á quien ellos habían elegido como soberano ⁴.

El Papa, no obstante las quejas de los sajones, y decidido como se hallaba á poner de su parte cuanto fuera posible para que las cosas tuvieran un arreglo honroso para ambos contendientes, despachó dos Legados á Germania con la misión de arreglar lo mejor posible la cuestión que se debatía, si bien dichos Legados no lograron su objeto ⁵.

Los excesos de Enrique hicieron infructuosas todas las gestiones de los Legados del Papa. Entonces Gregorio VII, en vista de lo que expusieron los embajadores de Rodolfo y de los Príncipes de Sajonia en el Concilio celebrado en Roma el año 1080 contra Enrique, al que acusaron de estar devastando el reino y de arrojar de sus Sillas á los Obispos católicos, y después de oír el parecer de los Padres del Concilio, declaró excluido para siempre del Imperio á Enrique y confirmó la elección de Rodolfo como Rey de Germania.

Resuelto Enrique á vengarse del Papa, en una asamblea celebrada en Brixen el día 25 de Junio del año 1081, hizo elegir como Papa á Guiberto, Arzobispo de Rávena, el cual tomó el nombre de Clemente III. Al mismo tiempo acudió á las armas, y después de haber muerto y derrotado á Rodolfo, su competidor, entra en Italia á sangre y fuego. Pero Gregorio, que no se intimidaba ante el peligro, hizo que los alemanes eligiesen otro Emperador ⁶. Enrique, no obstante todos esfuerzos de la célebre Condesa Matilde, llegó ante los muros de Roma con su ejército.

El Papa, lejos de intimidarse ante el peligro, intimó de nuevo á Enrique á que renovase su penitencia si quería obtener de nuevo el perdón. Pero el Emperador, por toda contestación, hizo atacar á Roma por sus tropas y la tomó por asalto. En seguida se hizo coronar Emperador por el antipapa (1084) y sitió á Gregorio en el castillo de Santángelo, en el que se había encerrado para librarse de caer en manos del Emperador, y desde donde excomulgó de nuevo á los invasores.

A poco llegó Roberto Guiscardo, defensor de la Santa Sede, con sus normandos, y después de arrojar á los imperiales de la ciudad, sacó á Gregorio del peligro en que se hallaba, el cual se retiró á Salerno, en cuya ciudad murió el 25 de Mayo de 1085, después de un pontificado de doce años, un mes y tres días, siendo estas sus últimas palabras: «He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; hé aquí la causa por que muero en el destierro ⁷.»

(Se continuará.)

¹ César Cantú: *Historia Universal*, tomo XIV, pág. 467.

² Palabras textuales de Lamberto de Scasnalurgense.

³ «Todo el mundo sabe, dijo aquel Santo Papa al pronunciar la sentencia contra el Emperador, todo el mundo sabe cómo ha entregado Enrique los Obispos y Abadías á lobos rapaces, y no á Pastores; cómo traficaba vergonzosamente con ellos, y todo lo manchaba con la infame herejía de Simón... Pero este Príncipe, irritándose contra la corrección, no cesó hasta obligar á casi todos los Obispos de Italia, y en Alemania á cuantos pudo, á renunciar á la obediencia de la Santa Sede. Viendo, pues, que su impiedad ha llegado al colmo, le excomulgamos por dos razones principales: por no haber querido alejar á los reos de dilapidaciones y simonías que habían sido condenados por la Santa Sede; por no haber querido hacer penitencia de sus crímenes, y por haber desgarrado con un cisma el cuerpo de Jesucristo, es decir, la unidad de la Iglesia...»

⁴ Habiendo escrito Gregorio VII, con fecha 3 de Setiembre del año 1076, á los Príncipes y Prelados de Germania excitándoles á que eligieran otro Soberano, si Enrique no se convertía, acordaron los Príncipes y Obispos arriba indicados convocar la reunión en Tibur. Esta se verificó el día 16 de Octubre del mismo año, teniendo á su frente á Rodolfo, Duque de Suabia, y á Gúelfo, Duque de Baviera, y á dos legados del Papa.

¹ *Del Papa y la Iglesia galicana*, lib. II, cap. VII.

¹ (Leo. *Italia, Gesch.* lib. IV, cap. IV, pár. 5.^o)

² Este acuerdo lo tomaron en Jorcheira, donde se verificó la reunión el día 17 de Marzo de 1077.

³ Libro IV, carta 23.

⁴ Brunon, in *Comment. de bello Saxon.*

⁵ Hé aquí la carta que escribió Gregorio VII al duque Godofredo, poco antes de enviarle sus Legados á Enrique IV.

«No cedo á nadie en celo por la gloria presente y futura del Emperador, y en la primera ocasión le haré por conducto de mis Legados caritativas y paternales admoniciones. Si me escucha, me regocijaré de su salvación como de la mía propia; si hubiere de pagar con odio el interés que me inspira, Dios me preserve de la amenaza que haré, diciendo: Maldito el hombre que rehúsa empuñar su espada en sangre.» (César Cantú: *Historia universal*, tomo XIV, pág. 457.)

⁶ En tan críticas circunstancias, depuso también á Boleslao, Rey de Polonia, por haber muerto con sus propias manos un Obispo, y prohibió á los Obispos de dicho reino coronar en lo sucesivo á ningún Príncipe sin orden de la Santa Sede.

⁷ Poco antes de morir había escrito á Alfonso de Castilla lo siguiente: «El odio de mis enemigos y los odios inicuos acerca de mi persona, provienen no de desmanes que yo les haya hecho, sino de que he sostenido la verdad y me he opuesto á la injusticia. Fácil me hubiera sido crearme servi-

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

VIII

El día que María Ana cumplió los diez y seis años fué uno de los más importantes de su apacible existencia. Joël se levantó aquel día más temprano que de costumbre.

Apenas empezaba la aurora á dorar la arena brillante de la playa. La marea alta levantaba con el pico de sus olas los barcos amarrados á lo largo de la costa, y sus formas indecisas, medio bañadas todavía en la ola aun sombría, parecían una bandada de cisnes negros, disfrutando sus últimos pasatiempos á la orilla del agua.

Joël andaba rápidamente, sus largos remos sobre el hombro. Se había puesto su buena blusa azul de los días de fiesta, y en lugar de su gran gorra encerrada, un sombrero de castor cuyas anchas alas levantadas hacían resaltar su buena cara.

Se paró un instante á orillas del mar; su mirada se dirigió al lejano horizonte; frunció ligeramente el entrecejo, pareció titubear un momento, después marchó con resolución á su barca, desató el amarrijo, y desplegó la vela triangular, que se hinchó con violencia al contacto del aire.

El viento refrescaba sensiblemente, y la barca volaba como una gaviota sobre lo alto de las olas.

Dos horas después, las nubes se amontonaron en el cielo, y el viento sopló tan violentamente, que los pescadores, temiendo la tempestad que parecía inminente, no pudieron salir al mar. Para consolarlos de este contratiempo, algunos de ellos se fueron á casa de Lefloch, donde sabían que siempre se les ofrecía de buena voluntad una gran jarra de cidra.

Encontraron al viejo marinero echado en su sillón, con las manos cruzadas sobre el pecho, y medio dormido con el ruido monótono de la rueca de María Ana.

En el momento que los pescadores entraban en casa del antiguo piloto de la *Bella-Amelia*, se oyó á lo lejos un trueno, repetido sordamente por las rocas de la costa.

Lefloch se enderezó bruscamente.

— Buenos días, señor Hervion — gritó Legoaz con voz tan vibrante que parecía el último eco del trueno. — Nos viene un buen grano de alta mar.

— ¿Y no habéis salido, vagabundos?

— A fe mía, no — dijo uno de los pescadores, instalándose sin ningún cumplido en la mesa.

— No podría estar uno en pie en el mar con un viento semejante.

— Es una suerte — replicó otro — que tengamos ahora el mal tiempo. Una hora más tarde hubiéramos estado ya en alta mar.

— ¡Os repito que todos sois unos holgazanes! — exclamó Lefloch levantando la voz. — ¿Creéis vosotros que yo no sé lo que es una tempestad?

— He visto en el trópico ráfagas que arrancaban los árboles de raíz y les hacían dar vueltas como trompos, que levantaban el barco como si lo hubieran cogido por debajo con la mano... ¡y á fe mía, esto no me impedía fumar mi pipa tan tranquilo como si estuviera en este sillón! Pero también nuestra *Bella-Amelia* era un buque soberbio! Junto á él hubiera hecho la triste figura una de vuestras cáscaras de nuez. ¡Eh! ¡eh! tanto valdría como comparar una piedrecilla de la playa á una de esas grandes rocas de la costa.

— Decidme, padre Hervion — interrumpió Legoaz con una gran carcajada — ¿no teméis que éntre el agua en vuestra cidra? Si la entraseis ¡hein! ¡sería más prudente!

— Deseas ponerla en seguridad, viejo lobo de mar, ¿no es verdad? ¡Vamos, viva la alegría! ¡vamos á celebrar la fiesta de María Ana!

— ¿Hoy es la fiesta de María Ana?

— Sí, la muchacha cumple hoy diez y seis años.

— Y para celebrarlos — dijo con alegría la joven levantándose — yo soy la que os va á servir de beber.

— ¿Y beberás con nosotros?

— ¡Sea, buen hombre! ¡Ives, gritó dando una palmada con sus manitas, trae cidra y vasos!

— ¿Dónde está ese perezoso? — dijo Lefloch alargando instintivamente su mano hacia el bastón,

dores y obtener de ellos dones todavía más ricos que los que lograron mis antecesores si yo hubiera preferido callar la verdad y disimular la iniquidad; pero además de la brevedad de la vida y del desprecio que merecen los bienes de este mundo, he considerado que ninguno ha merecido el nombre de Obispo sino padeciendo por la justicia. He resuelto, de consiguiente, atraerme, más bien la enemistad de los malos obedeciendo á Dios, que exponerme á su cólera complaciéndoles con injusticias. » (César Cantú: *Historia Universal*, tomo XIV.)

Ya se ha ido á correr á la playa. ¡Ah, lo voy á mandar con su madre, holgazán! ¡No le doy de comer para que pase todo el tiempo en los charcos pescando cangrejos y camarones!

Yves era un pobre niño deforme que había tomado Hervion á su servicio hacía algún tiempo, por ruegos de María Ana.

La joven, previendo que iba á caer una borrasca sobre la cabeza de su protegido, se acercó con viveza á Lefloch para desviarla.

Pero, pasando delante de la ventana, se paró de pronto, y extendiendo el brazo:

— Mirad, dijo; no es él el que está allá abajo en esta ribera.

— ¡Sí, á fe mía! dijo uno de los pescadores; parece una gaviota puesta sobre una pata.

— ¿Qué puede hacer allí el rapazuelo? refunfuñó Lefloch.

Todas las miradas se volvieron hacia el niño, que sin cuidarse de la lluvia que caía á torrentes, quedaba en pie é inmóvil en la punta de la roca y parecía observar con mucha atención el horizonte.

— No ha salido nadie esta mañana, ¿no es verdad? preguntó Legoaz con cierta inquietud.

— Nadie...; pero, miradlo, aquí llega corriendo como si lo persiguiera el demonio.

Diez segundos después, se abrió la puerta bruscamente y el niño entró corriendo en el cuarto. Se paró, y pasando la vista azorada sobre el círculo de los pescadores, gritó con voz ahogada:

— ¡Señor Hervion! ¡Joël... Joël está en el mar!

María Ana se puso pálida y se apoyó en el espaldar de una silla.

— ¡Caramba! juró el anciano piloto levantándose bruscamente, ¿se ha vuelto loco? Pero tú sueñas: Joël es prudente: no hubiera salido con un tiempo como este.

— Os digo que he visto su vela.

— ¿De qué lado?

— Llega de Frégastel. El barco está bien sacudido y la vela está casi rasa sobre el mar.

— Para creerlo es menester que yo mismo lo vea, dijo Legoaz.

Salieron todos precipitadamente, exceptuando María Ana. La pobre niña, lívida de espanto, se dejó caer de rodillas, cruzó las manos y murmuró una fervorosa oración.

IX

Al día siguiente se levantó el sol radiante, la tempestad se había disipado en la noche, y algunas gotas brillantes, suspendidas en los juncos y las rocas de la costa, revelaban únicamente su rápido paso.

En cuanto fué de día, se levantó María Ana, se arrodilló ante una imagen de la Virgen colocada cerca de su cama y oró por largo rato.

Después de haber cumplido este piadoso deber, interrumpido muy á menudo por profundos suspiros, la joven se levantó y empezó á vestirse rápidamente.

Deshizo las trenzas de sus hermosos cabellos negros, los torció y los aprisionó en un gorrito de seda; después se puso un vestido corto, con un cuerpo ligeramente escotado, y dos pequeños chanclos del tamaño de una cáscara de nuez: su amigo Joël los había esculpido.

La emoción de la víspera había hecho palidecer un poco sus mejillas y había dado á su mirada, tan brillante y viva de ordinario, una expresión dulce y triste.

Toda la noche la pobre niña había estado agitada con penosos sueños. Cada ráfaga de viento la despertaba bruscamente; el ruido sordo y melancólico del mar, golpeando contra las rocas, le acongojaba el corazón.

Al cerrarse sus párpados, pesados con el sueño, volvía á ver, como en una pesadilla espantosa, las olas lanzándose locamente hasta la cima de los ribazos, la turba de pescadores juntándose en la orilla, y en medio de esta siniestra visión, el barco de Joël mecido por las olas furiosas y adelantándose empujado por una fuerza irresistible sobre la temible roca del Isnin.

Se despertaba entonces sobresaltada; después volvía con lentitud en sí, daba gracias á Dios de haber salvado los días de su amigo, de haber permitido que una bocanada de viento más violenta lo echase sano y salvo sobre la arena de la orilla.

Cuando María Ana concluyó de vestirse, se dirigió á la puerta de su cuarto para salir; después, en el momento de abrir, se paró de pronto titubeando. Puso la mano en la llave, se sonrojaron sus mejillas y pareció reflexionar.

— Si no voy á verlo, ¿qué pensará de mí? murmuró á media voz. Está solo, sin auxilios... ¡Pobre Joël! Después de un suceso como este.

Al acabar de decir estas palabras, volvió la llave y abrió resueltamente la puerta; pero en el mismo

instante dió un grito de sorpresa y se bajó con viveza hacia las losas rojas del umbral.

La joven se levantó, teniendo en sus manos un cofrecito de una forma larga y un gran ramo de bonitas flores blancas.

Volvió á entrar en su cuarto, muy emocionada, porque no sabía quién le había hecho ese majestuoso presente; su padre no la había acostumbrado á estas sorpresas.

— Con tal que no sea Marguen-Lo... dijo á media voz haciendo una mueca y echándose hacia atrás como si el cofre hubiese sido una serpiente.

Marguen-Lo era un joven de la costa que desde algún tiempo le hacía la corte con gran disgusto suyo.

— No puede ser más que él, continuó ella hablando consigo misma; él solo es bastante rico para comprar un regalo tan bonito.

Miró otra vez el cofre, y esta vez — preciso es confesarlo — no pudo remediar el contemplarlo con un secreto placer. Era de madera negra y cubierto con brillantes caracoles, parecidos á los que se encuentran en la bahía de Nápoles. Una primorosa llave salía entre dos conchas, y se adelantaba como una tentación delante de la mano de María Ana.

Esta, persuadida que el regalo era de Marguen-Lo, del cual había rechazado siempre los homenajes, tuvo primero la idea de devolvérselo sin abrirlo.

Pero le faltó valor, y después de haber luchado algunos momentos contra sí misma, siendo más fuerte la curiosidad, abrió el cofrecito y levantó la tapa.

Una expresión de inocente desengaño frunció las hermosas cejas de María Ana. ¡El cofrecito estaba vacío! Sin embargo, echándole una segunda ojeada, vió en el fondo barnizado de la caja un papelito doblado. Lo abrió. Una sola línea había allí trazada con mano inexperta:

« 17 de Mayo de 1862. »

— Ha querido indicarme que me hace este regalo para mi día — pensó volviendo á cerrar la caja. — Lo había adivinado: para un joven que se envanece de ser rico, este regalo es bien mezquino! Diré á Ives que se lo devuelva. Sin duda ha sido él, quien por mandato de Marguen-Lo ha puesto esta caja en el umbral de mi puerta... Quiero que sepa Marguen-Lo que no acepto ningún regalo suyo, y que si lo hace otra vez, se lo diré á mi padre...

— ¡Es una lástima — dijo después de una pausa, echando una última mirada á la caja; — es muy bonito, y recuerdo cuánto he deseado tener uno de estos preciosos objetos cuando los vi en Frégastel, la última vez que fui con Joël!...

A este nombre, á este pensamiento, María Ana levantó de pronto la cabeza.

— ¡Si fuera él! — dijo á media voz.

Fué como un relámpago que estalló en su imaginación. Volvió en seguida al sentimiento de la realidad, y á lo que iba á hacer en el momento en que había visto á sus pies este misterioso presente, que por algunos instantes la había puesto como fuera de sí.

— Es preciso que me asegure de lo que es — pensó María Ana.

Abrió rápidamente un cajón de su cómoda, puso allí la caja y el ramo, cuyas flores estaban húmedas; después saliendo de su cuarto, bajó la escalera de puntillas.

Tres minutos después, llamaba en la cabaña de Joël.

X

El joven pescador estaba sentado en un taburete delante de la única ventana de su humilde morada y remendaba con una aguja muy gruesa é hilo encerrado la vela de su barco desgarrada por el viento.

Se mostró tan sorprendido al ver que María Ana venía á buscarle á una hora tan temprana, que de su boca se escapó una exclamación; preguntó con inquietud si le había pasado alguna cosa al señor Lefloch.

— No... nada — contestó María Ana con voz débil. Después, apartando suavemente á Joël, se sentó, ó más bien se dejó caer en el taburete.

Su pecho palpitaba con violencia.

Joël estaba en pie delante de ella, muy turbado, y sin atreverse á dirigirle la palabra.

María Ana fué la primera que rompió el silencio. Levantó sus hermosos ojos hacia el joven y le dijo, esforzándose en afirmar su voz:

— Mi visita os llama la atención; ¿no es verdad, Joël?... No temáis, no nos ha sucedido nada malo, y si me veis un poco conmovida, es porque he venido muy de prisa.

— ¿Os ha asustado alguna cosa? El camino es tan corto desde vuestra casa á la mía... ¿Por qué habéis corrido?

— No sé... — respondió María Ana, á quien esta pregunta turbó un poco. Y en verdad, había venido más de cien veces á buscar á su amigo sin haber sentido nunca la emoción que ahora experimentaba.

En fin; después de un corto silencio:

— Buen Joël — dijo ella — ¿sois vos el que me habéis traído esa bonita caja y ese ramo de flores blancas?

Ahora fué Joël el que se conmovió y se ruborizó.

— Era el día de vuestro santo, señorita — dijo retorciendo entre sus dedos el pedazo de su vela y muy conmovido. — Había reparado que mirabais esa caja con gusto en la tienda de la plaza de Frégastel, y he deseado daros una sorpresa.

— ¿Y es por eso por lo que habéis arriesgado vuestra vida ayer, en medio de la tempestad?

— Cuando salí, el mar estaba tranquilo y el viento aun no soplabá. A la vuelta fué cuando empezó el mal tiempo.

— No importa... no era necesario el exponerse de ese modo. ¿Sabéis, Joël, que me habéis dado el mayor susto que nunca he tenido? Cuando he visto vuestro barco sacudido por el mar, vuestra vela dando sobre el mástil toda desgarrada, he sentido que mi corazón desfallecía, y creo que me hubiera desmayado... ¡si no hubiera deseado tanto el veros volver! Y después, cuando os he visto andando firmemente en la playa, después de un peligro semejante, rodeado de los pescadores que os creían muerto y respondiéndoles sin emocionaros... ¡Oh, Joël, qué dichosa era!

Este la miró mucho tiempo en silencio; mil diversos sentimientos parecía que le agitaban. Sentía que se había operado en el corazón de María Ana un gran cambio. Comprendía en el sonido de su voz, en la indecisión de sus miradas, en el rubor de su frente, que no tenía delante de sí la joven inexperta y diabólica de otras veces.

Aunque no tuviese experiencia en esta materia, y no estuviese acostumbrado á analizar estos sentimientos delicados, adivinaba con la intuición tan sagaz que da el amor, que un suceso muy sencillo en la apariencia, acababa de cambiar la amistad que le profesaba María Ana en un afecto más tierno y más íntimo. Sus deseos más caros se cumplían; ¡el sueño de su vida se realizaba! El amor puro y profundo que sentía en secreto por esta hermosa joven, ella le correspondía tiernamente! Sin embargo, á pesar de la turbación que sentía en su alma, una especie de respetuosa reserva retenía en sus labios la declaración que se le iba á escapar. Su mirada rodeaba á la joven con una expresión más bien triste que cariñosa; mientras más la contemplaba, le parecía que la distancia que le separaba de ella era mayor y más insuperable.

María Ana no pudo evitar el sonreírse cuando se enteró de la turbación que le causaba á su joven amigo su presencia. Se hubiera dicho que la turbación de Joël le devolvía súbitamente todo su valor. Tal vez se lisonjeaba en secreto de ver á éste joven, que la víspera había admirado su intrepidez varonil, cuando luchaba valerosamente contra la tempestad, y ahora temblando delante de ella, rindiéndole de ese modo un homenaje el más agradable al corazón de una mujer.

— Y bien, Joël — replicó ella con gravedad — ¿me diréis por qué me hacéis un recibimiento tan frío? Me apresuro á venir á veros y á daros gracias, y no encontráis una palabra para responderme. Vamos, sentaos y hablemos... ¡Ah! — continuó echando una rápida ojeada por el cuarto — no tenéis más que un taburete, mi buen Joël, y yo estoy sentada en él.

Entonces le señaló con su dedo extendido un sitio á sus pies, en el suelo terraplenado de la cabaña. Joël se sentó.

— Bien — dijo la joven echándose un poco hacia atrás. — Ahora, dejad ese aire triste y serio que tenéis tan á menudo. ¿Por qué no hacéis como los otros jóvenes de la costa, que á vuestra edad no piensan más que en reír y divertirse? Verdaderamente se diría que habéis cometido un crimen. ¿Me encontráis ahora muy crecida para temer hablarle como otras veces? ¿Por qué me decís señorita?

— Tenéis razón, María Ana, no soy más que un ingrato. ¡Sois tan buena en haber venido á verme! ¡Si supierais cuán feliz soy en vuestra presencia!

— ¿De veras? — dijo ella como dudándolo.

— Perdonadme si no puedo explicaros como yo quisiera el placer que siento; sabéis que soy muy torpe para hacer un cumplido. Y además, cuando estáis á mi lado, ¡estoy tan conmovido! No sé lo que deciros, porque temo decir demasiado... Sois la única persona en el mundo que me causa este temor; no siento nada parecido al lado de las otras muchachas del pueblo.

María Ana se sonrió ruborizándose; después se levantó, dió algunos pasos hacia la ventana, la

abrió, y pareció sentir algún alivio cuando la brisa levantó sus cabellos y refrescó su rostro.

Sus ojos se espaciaron algún tiempo sobre la tranquila superficie del mar.

— ¿Iréis á pescar hoy? dijo ella volviéndose á sentar al lado de Joël.

— «¡Ay, no! mi viejo barco ha recibido muchos vaivenes ayer y necesita que lo componga. Mirad mi vela qué destrozada está. ¿Queréis ir á Frégastel?»

— Acaso, porque os confieso que deseo pedir os algunas explicaciones sobre un asunto que me preocupa mucho.

— ¿Qué es, pues? preguntó Joël sorprendido.

— Escuchad. Sabéis que desde la ventana de mi cuarto descubro toda la bahía; percibo hasta lo que pasa detrás de algunas rocas á flor de agua del Campo de Piedras. Muchas veces he tenido gusto en seguir con la mirada vuestro barco, y cuando no os podía ver bien, á causa de la distancia, me servía de los grandes anteojos de mi padre... Y bien, Joël, os aseguro que vuestra conducta me ha llamado la atención muchas veces. En lugar de ir á pescar con vuestros camaradas y de procurar traer al pueblo tanto pescado como se puede pescar en la buena estación, os he visto apartaros muy lejos de los pescadores y desaparecer detrás de las rocas, esas terribles rocas donde nadie se ha atrevido nunca á aventurarse. Allí, siguiéndolos con la vista, os percibía inclinado sobre el borde de vuestro barco, inmóvil por largo rato, la mirada fija en el mar, como si hubieseis pensado descubrir algún tesoro.

Hacíais andar vuestro barco muy despacio, dabais vuelta al rededor de las rocas, volvíais por donde ya habíais pasado. Soy muy curiosa, ¿no es verdad, Joël? pero sabéis también que soy discreta... Decidme... ¿tenéis algún secreto?

Puede ser que hayáis sabido que un navío se perdió en estas rocas, y esperáis descubrir sus riquezas en el fondo del mar...

María Ana miraba á su amigo con ojos brillantes, esperando ansiosa una respuesta á esta pregunta, que sin duda hacía tiempo deseaba con ardor el dirigírsela. Joël pareció reflexionar un instante, después, echando á la joven una mirada llena de un sentimiento profundo:

«Sí, María Ana, dijo, espero descubrir un tesoro en el mar, y el día que lo encuentre, veréis desaparecer de mi rostro esa tristeza que me reprocháis.

No titubearé en juntarme con los otros pescadores, y en tomar parte en sus trabajos y en sus placeres. ¡Seré feliz!

No sabía que teníais tales deseos de ser rico, dijo María Ana volviendo la cabeza y haciendo un mohín. Joël levantó los ojos y la miró fijamente.

No me habéis comprendido, María Ana, dijo él con voz alterada... Un día, tal vez... cuando sepáis con qué fin quiero ganar ese tesoro... no me haréis semejante reproche y me aplaudiréis, así lo espero.»

María Ana se sonrió, se levantó, dando al joven su mano abierta:

— «Y bien, os deseo buena suerte, Joël,» y mientras que pronunciaba estas palabras, su corazón latía con fuerza en su pecho. «Merecáis ser dichoso, y que tengáis éxito. Aunque yo no estoy contenta en que no hayáis consentido en confiarme vuestro secreto, os prometo rogar mucho á la Virgen de Plouissic, para que os conceda el éxito.

— Sí, rogad mucho por mí, María Ana, respondió el joven poniendo su morena mano en la pequeña que le daba la joven, y, cuando vaya al mar, acompañadme aún muchas veces con vuestras miradas y con vuestras oraciones... esto me traerá la felicidad.

Se dieron un apretón de manos; sus ojos se sonrieron; después, María Ana, salió de esta pobre choza que había iluminado con su presencia, como si hubiera penetrado en ella un rayo celestial.

(Se continuará.)

SUEÑO DE ISABEL

Ella la mano hacia la sien llevando
Cual ángel sonriente,
Vuelve los dulces ojos á Fernando
Y dice gentilmente:

— «Blanca paloma al clarear la aurora
Soñando divisé:

¡Ay! sueña aún el corazón ahora
Que el sueño verdad fué.

Insertamos esta bella poesía de Verdaguer, que acompaña á su *Atlántida*, para dar idea de la galana traducción que acaba de hacer de este poema catalán el Sr. Díaz Carmona.

Soñaba que ante mí la Alhambra abría
Su seno, nido hermoso
De perlas orientales y armonía,
Bajo cielo radioso.

Volando las huries suspiraban
Fuera del bello harén,
Cuando en él los cantares escuchaban
De ángeles del Edén.

Bordaba yo, del mármol imitando,
Manto de rica seda,
Cuando contemplo un pájaro triscando
En la verde asboleda.

Saltando al musgo me saluda el ave
Con trino lisonjero;
Era dulce su voz, dulce y suave
Cual la flor del romero.

La vi, por su cantar embelesada,
Coger mi anillo de oro,
Mi anillo sin igual de desposada,
Joya del arte moro.

— Pájaro de alas blancas, por quien amo,
Le dije yo, te pido
No pierdas al saltar de ramo en ramo
Mi tesoro querido.

Tiende al aire las alas rutilantes;
Síguele el pecho ansioso;
¡Ay! mi anillito el de los cien cambiantes
Nunca fué tan hermoso.

Tierra afuera le sigo, tierra afuera
Hasta el linde del mar;
Cuando estuve del mar en la ribera
¡Ay! sentéme á llorar.

De vista le perdí: ¡cuál despedía
Torrentes de luz bella!
Cual la que al alba al ocultarse envía
La matutina estrella.

Cuando dejó en las ondas ponentinas
El anillo caer,
Vi cual grupos de sílfides y ondinas
Islas en flor nacer.

Cual verdes esmeraldas, sus confines
Al sol resplandecían,
Breve cielo que hicieran serafines
Las islas parecían.

Él, guiraldas tejiendo, al par entona
Cánticos de alborozo.
Cuando humilde con ellas me corona
Ya me despierta el gozo.

Esa hermosa paloma es la que vemos
Mensajera de Dios,
Caro esposo, y la India encontraremos
Siguiendo de ella en pos.

Hé aquí, Colón, mis joyas, naves ellas
Aladas ya te den;
Que yo con lirios y violetas bellas
Adornaré mi sien.

Dice; anillos y arracadas
Caen de sus manos nevadas
Cual perlas de un cielo, y él
Ríe y llora de alegría;
Y en acordada armonía
Perlas de mayor valía
Ve en los ojos de Isabel.

Entra en la Alhambra el sol; la sala dora,
Que topacio, zafir y oro decora;
Y cuando con fantástico fulgor
En refracción deshecho el aire tiñe,
Auréola de gloria á los tres ciñe,
Sombra de los electos del Señor.

Halla Colón navíos, y animoso
Afrontando el Océano tenebroso,
Loco el vulgo le llama. ¡Loco! y es,
Oh humanidad, el genio que te guía
Al prometido suelo, cual un día
Por entre el Rojo mar te guió Moisés.

Desde alta cumbre el sabio lo ve y siente
Vibrar, cual lira, el pecho; sonriente
De España al Ángel ve, que cubrió ayer
Con áureas alas las comarcas bellas
De Granada, extenderlas y con ellas
Su manto el orbe dilatado hacer.

Ve alzarse al lado del hispano imperio
La Santa Cruz en un nuevo hemisferio,
Y al orbe hermosas flores producir.
Y encarnándose en él celeste ciencia,
Dice á quien se sublima en su presencia:
¡Vuela Colón... ya puedo yo morir!

BIBLIOGRAFÍA

Pedro Sánchez. Novela de D. J. M. PEREDA. — Madrid. — Imp. de M. Tello. — 1883.

El celebrado autor de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* no se duerme sobre sus laureles: en 1882 nos prometía en la cubierta de *El sabor de la tierruca*, la novela de que vamos a dar cuenta: en la de *Pedro Sánchez* anuncia otra nueva producción de su felicísimo ingenio, cuyo título es *Sotileza*.

Hasta ahora nuestro autor se había contentado con colocar a su héroe en el reducido escenario de un lugar de la provincia de Santander: el público saboreaba las bellezas descriptivas de aquellos sitios encantadores, agotaba las ediciones y no suspiraba por otros horizontes. Pero el novelista montañés ha querido probar que tiene en grado eminente aquella fuerza de imaginación, aquella doble vista, sin la que toda producción literaria resulta fría y sin color.

Alguno ha creído que cuando abandonase Pereda la hoz angosta, el cajigal vetusto y el clásico estragal, se perdería sin remedio como el caminante que desconoce la senda que en mal hora escogió. *Pedro Sánchez* es contestación cumplida a semejantes temores.

No eran sin duda linceos los que en Pereda sólo vieron al fotógrafo exacto, al copista fiel de lo que tiene delante de los ojos. Quien ha dado vida a *Don Gonzalo*, al D. Valentín de *El sabor de la tierruca*, al D. Sotero, al Fernando y a la Agueda de *De tal palo...* y a tantos otros personajes que se graban en la imaginación del lector, hasta el punto de conservarlos en ella como la memoria de personas a quienes realmente conoció, es un artista, un poeta, un novelista. Bástale a Pereda presenciarse un hecho cualquiera, para que la escena no se borre de su imaginación; pasan los años, y cada vez la imagen es más viva, hasta que llega el momento supremo de la creación artística. Entonces se confunden en uno el personaje y el autor, colocándose éste en el lugar de aquél, sintiendo y pensando, como el personaje sentiría y pensaría en el momento y lugar que escoge para presentarlo al público.

En ninguna otra novela de nuestro autor se manifiestan más claramente estas cualidades que en *Pedro Sánchez*. Es verdad que no puede resolverse Pereda a abandonar por completo a la tierruca: nace su héroe en un pueblo miserable, cercano a la cantábrica costa, donde pasa oscuramente los veinticinco primeros años de su vida, y después de haber navegado con varia fortuna por el mar proceloso de la vida, pide hospitalidad a su tierra natal, «resuelto a exhalar el último suspiro donde vieron sus ojos el primer rayo de luz.» Pero la acción de la novela se desarrolla en Madrid, donde pasa Pedro Sánchez tres años, tomando parte en los preparativos de la revolución del 54, asistiendo a ella como actor y aprovechándose de la victoria. Madrid, escollo donde algunos creyeron que se estrellaría la fama de Pereda, ha sido el lugar que ha proporcionado al autor de *El buey suelto...* uno de sus más legítimos triunfos.

Pedro Sánchez es resurrección hermosa de la sociedad de aquella época, tan artísticamente retratada, que quien lea este libro admirable, podrá decir que ha vivido en medio de las agitaciones del *Infanto* bienio.

La casa de huéspedes, la reunión cursi, el baile de la buena sociedad, la redacción del periódico progresista, la mesa del café, la barricada que capitanea Pedro Sánchez, el paseo de Balduque a través de Madrid en armas, el círculo patriótico, la casa de Valenzuela, los lunes del gobernador, en fin, todas las escenas de la novela, son otros tantos cuadros donde el lector olvida que se trata de una ficción, interesándose en los sucesos como si realmente los presenciara. Este efecto no se consigue con la simple enumeración de los objetos que el autor contempla en el momento y lugar que escoge para su ficción: la minuciosidad no es la descripción artística.

El rasgo característico, la particularidad que impresionan, bastan, pero son necesarios de todo punto para que la descripción resulte inolvidable. Ejemplos de esta sobriedad hay a montones en *Pedro Sánchez*, porque en este punto es maestro entre los contemporáneos el autor de *Escenas montañesas*. Y siempre busca y encuentra el rasgo, la particularidad oportuna en la escena que pinta.

Cualquier novelista de los que no se hartan de describir, hubiera llenado una página para dibujar, por ejemplo, a Balduque cuando aparece en la barricada, lugar de su trágico fin. A Pereda le basta con decir: «Apareció entre nosotros deslizándose calle abajo por la acera de San Luis, muy pegadito a las casas, el sempiterno cesante D. Serafin Balduque.» No considera Pereda a sus personajes como seres convencionales, nacidos en su fantasía, sin re-

lación alguna con el mundo real, antes bien, tan dentro de él los concibe, que no olvida detalle ó circunstancia que pueda servir para determinarlos en cada una de las escenas de la novela.

La descripción de la sala de D. Magín de los Trucos, personaje secundario, pero uno de los más regocijados de la novela, sirve para darle a conocer aún más que sus continuas casualidades. Los dos cuadros bordados con felpilla, los floreros de trapo, la sillería de damasco verde marchita, son datos tan necesarios para saber entre qué gentes está el protagonista, como las ideas cursis que ilustran la insípida conversación de D. Magín. Nadie gana a Pereda en este punto: aprovecha como nadie el medio social donde respiran y piensan sus personajes para fijarlos más y más en la mente del lector.

Estas cualidades que en grado eminente posee el novelista montañés, y que unidas al estilo personal y castizo por todos reconocido, le colocan en primera fila entre nuestros literatos contemporáneos, aun no son bastantes para justificar el inmenso éxito de sus producciones. Debe su popularidad, hoy indiscutible, al interés que despiertan los argumentos todos de sus novelas. Y nótese que logra apoderarse del ánimo de sus lectores desde las primeras páginas sin echar mano de intrincados argumentos, ni amontonar lances y aventuras extraordinarias. Lo que le sucede a Pedro Sánchez les ha sucedido a muchísimos españoles, tan gobernadores de provincia, por lo menos, como lo fué el protagonista de la última novela de Pereda. Que un mozo montañés abandone la tierruca fiado en lisonjeras promesas de un señorón de pega, y que al llegar a la Corte vea desvanecidas sus esperanzas, son contratiempos que ocurren con frecuencia.

No es menos verosímil que un muchacho despierto, y aficionado a la lectura, consiga convertirse en periodista de simple administrador de un periódico de oposición.

Sentado en la mesa de la redacción, y teniendo por contertulios a la gente cruda del partido, dispuesta a lanzarse a la calle contra el *ministerio de los agios*, no debe extrañar que surgiera en su mente la idea de componer aquel cuento oriental ajustado «a los rumores más calumniosos del día» y futuro fundamento de su exaltación.

Tampoco causará sorpresa que el oscuro hidalgo montañés suspire por Clara la hija del señorón de pega: primero, porque Clara era muy bonita, en extremo desdeñosa y ornamento obligado de la *buena sociedad*; y segundo, porque casándose con ella era mayor la victoria de su amor propio, puesto que la señora de sus pensamientos lo había conocido en su primitiva y rústica forma de aspirante a la secretaría del Ayuntamiento de su lugar. El lujo y la frivolidad de la hija de Valenzuela corrían parejas con las trampas de su señor padre; pero chocaron, como era natural, con las ideas sanas de Pedro Sánchez, incapaz de autorizar, como gobernador, ni como marido, transferencias, irregularidades ni filtraciones de ningún género. Al mes de matrimonio sucedió lo que en tales casos acontece: se reconoció por ambos cónyuges la incompatibilidad de sus respectivas idiosincrasias, y al año, Clara faltó a sus deberes de esposa, buscando en nuevos y criminales lazos, no amor y cariño, torpes y reprobables siempre, sino un medio de acudir a las urgentes necesidades del lujo y de la vanidad.

El epílogo es una satisfacción que da Pereda a los lectores que necesitan saber el paradero de los personajes, para conceder el *visto bueno* a una novela: clase de gente parecida a los filarmónicos del paraíso del Teatro Real, que aguantan y dejan pasar sin protesta los más absurdos contrasentidos, las faltas más garrafas en el arte del canto y de la declamación, y en cambio emplean toda clase de gritos inarticulados para mostrar su enojo contra el cantante a quien desgraciadamente se le escapa una desafinación. La novela de Pereda concluye verdaderamente en aquella trágica escena, sobria en detalles, cual convenía dado lo escabroso del terreno en que se representaba.

El desenlace de la novela es consecuencia natural de la educación que recibió en la tierruca el protagonista durante los veinticinco primeros años de su vida. La lectura continuada que entonces hizo de *Clarissa Harlowe*, de *El Quijote*, de *El Hombre feliz*, habían de dar al cabo sus frutos: así que, a pesar de las veleidades revolucionarias del hidalgo montañés, cuando acontecimientos terribles y dramáticos echan por tierra sus ideales de paz y de ventura, lejos de entregarse a la desesperación, ó embriagarse con inmorales lazos, sigue el camino honrado del trabajo, lejos del lugar donde vivía permanente la causa de sus desventuras. Las enseñanzas de la novela moral de Richardson, de la inimitable obra maestra del Príncipe de los ingenios y de la interesantísima obra del P. Almeida habían quedado grabadas en

el corazón de Pedro Sánchez, con la viveza de las primeras impresiones de la juventud. No debe, pues, extrañar, que el revolucionario que peroraba en los clubs, escribía artículos difamatorios y combatía en las barricadas, en aquellos momentos supremos de su existencia «aparte la consideración del mísero polvo de la tierra y con los ojos inmortales del alma a la luz que guardó siempre con amor de cristiano en el sagrario de su fe, viera la Providencia de Dios que no abandona ni a los pájaros del campo y se entregase confiado a sus designios.» ¡Hermosas frases, y no menos hermosos pensamientos, digno remate de una obra llena de bellezas y altísimas enseñanzas!

LEÓN MEDINA.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuevas correas de trasmisión. — M. Schweitzer ha ideado una manera de fabricar correas, cuyas ventajas en la práctica no nos son conocidas a causa de lo reciente de esta invención.

La nueva correa se compone de hojas de papel-pergamino, sobrepuestas y pegadas en número suficiente para que resulte con la resistencia necesaria, según la aplicación. Además se refuerza con lienzo ó correas, haciéndose las uniones con costuras, clavos, corchetes, etc., como ordinariamente. Este lienzo puede ser un tejido de cáñamo, algodón ó cualquiera otra materia de origen vegetal, que debe impregnarse de algún líquido cuya composición le haga impermeable.

Por último, estas correas se untan con aceite especial con objeto de que se endurezcan y sean también más adherentes a las poleas.

La práctica demostrará si son ciertas todas las ventajas que preconiza el autor del invento que nos ocupa.

Papel reactivo para el amoníaco. — Se disuelve fuchina en agua destilada, y se añade ácido sulfúrico hasta que el líquido presente un color amarillo de oro, sumergiéndose en el papel de filtro, que luego se deja secar. Este papel reactivo, expuesto a vapores amoniacales, aunque sean muy débiles, toma un color rojo de carmín.

Bronce para cojinetes. — La cuestión grave en la maquinaria consiste en escoger bien la materia que debe constituir estos cojinetes sobre que giran los ejes, a fin de que no se deterioren con el uso, y sea preciso la renovación frecuente de unos órganos muy delicados de ajustar.

Hay bronce más duros para el frotamiento que el hierro, y a veces consumen los gorriones de los árboles cuando son de esta materia, y es lo peor que puede ocurrir en una máquina, pues la renovación de un eje representa la avería quizá más costosa que puede sufrir el artefacto. Por el contrario, si los gorriones son de buen acero, y el metal de los cojinetes no tiene la dureza conveniente, pronto se deterioran éstos, resultando juegos muy perjudiciales al buen trabajo de cualquier máquina, en cuyo caso se hace preciso renovarlos con frecuencia, operación que exige, como hemos dicho, un ajuste laborioso y difícil de ejecutar.

Merece la pena, pues, elegir con tino la composición del metal que ha de constituir estos órganos.

Hé aquí, pues, la causa de que con frecuencia demos a conocer a nuestros lectores diversas recetas para confeccionar cojinetes, y, entre ellas, véase a continuación una bien notable.

Póngase en fusión 30 kilogramos de fundición blanca y muy pura, con 18 de estaño y 3 de plomo. Bien hecha la mezcla, se reduce a polvo, ó poco menos, y se añaden 2 kilogramos de cal viva pulverizada, 1 kilogramo de tártaro ordinario del comercio, y 3 de cristal molido. Conseguido esto, se pone todo en fusión añadiendo por fin 49 kilogramos de cobre rojo. En el momento en que la fundición esté bien mezclada, se saca el crisol del horno, se espuma, y cuando no arroje chispas, se vierte en los moldes, lográndose de este modo 100 kilogramos de un bronce muy duro, adecuado para los ejes de acero, y bastante económico.

Fomento del arbolado. — El dictamen de la Comisión referente a la proposición de ley sobre el fomento del arbolado, presentada por el diputado Sr. Puerta y Ródenas, que ha de ponerse a discusión en breve, contiene, entre otros, los siguientes artículos:



PUERTA DEL ÁNGEL EN MADRID.

La plantación, conservación y vigilancia del arbolado público, se declara servicio obligatorio de los Ayuntamientos, en armonía con lo preceptuado en el caso 3.º del artículo 134 de la ley municipal.

Se considera arbolado público para los efectos de esta ley:

Los viveros municipales.

Las plantaciones de ornato y embellecimiento de las poblaciones.

Los árboles plantados á uno y otro lado de las carreteras y caminos vecinales.

Las plantaciones de los espacios yermos y baldíos de propiedad de los municipios y que no formen parte de monte público.

Los árboles de las mojoneras y límites de los términos municipales.

Los árboles situados en las cañadas y márgenes de los ríos y arroyos, cuya propiedad sea de los municipios.

Las plantaciones en los sitios pantanosos y malsanos, que sean asimismo propiedad de los municipios.

Los arbolados que, por cualquier concepto, dependan de los minicipios y no estén declarados como montes públicos por la legislación forestal vigente.

Desde la promulgación de esta ley quedan los Ayuntamientos obligados á formar, en el plazo de

seis meses, un proyecto de repoblación de arbolado en su término respectivo, que debe comprender:

Los terrenos de su pertenencia, caminos, cañadas, ríos, paseos, etc., etc., que sea conveniente repoblar y plantar, expresando las especies de árboles que á cada sitio corresponda;

Los lugares que aunque sean de propiedad particular, sería conveniente repoblar de arbolado por causa de interés público;

Los viveros que sea conveniente establecer en cada término.

Se autoriza á los Ayuntamientos para invertir hasta un 10 por 100 del importe de sus láminas intransferibles, con destino al fomento del arbolado público, y con sujeción al plan de repoblación aprobado.

Las cantidades que por este concepto realicen, quedarán depositadas para invertirlas únicamente en el objeto especial á que se destinan.

Para estimular á los particulares á fomentar el arbolado en los terrenos yermos y baldíos que posean, así como en las lindes de sus fincas, á uno y otro lado de los caminos rurales y en las márgenes de los ríos y arroyos que los atraviesen, se establecerán por el Ministerio de Fomento, por las Diputaciones y por los mismos Ayuntamientos, premios pecuniarios y honoríficos que se adjudicarán en concurso anuales

y en la época que oportunamente se determine.

Los Ayuntamientos que en el término de diez años, á contar desde la promulgación de esta ley no hubiesen realizado el plan de repoblación del arbolado público de su término respectivo, quedarán sujetos á un impuesto especial que fijará la Diputación Provincial, y que se destinará precisamente á la conservación y fomento del arbolado provincial y municipal, y á los premios establecidos en los concursos anuales.

A LOS CORRESPONSALES

Rogamos á todos, que se sirvan liquidar sus cuentas, y los atrasados, ponerse al corriente. La empresa de LA ILUSTRACIÓN no está dispuesta á tolerar la morosidad de ningún corresponsal. Creemos que ellos tampoco consentirán en que apelemos á procedimientos que comprometan su crédito. A los buenos, LA ILUSTRACIÓN envía la expresión de su reconocimiento.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.